



El Centro a pie



En esta edición que transita de la primavera al verano invitamos a un recorrido por el viejo casco de la ciudad colonial, en busca de lo insólito | [Páginas 6 a 9](#)

Relatos de Oswaldo Barrera Franco, Gerardo Galarza, Ivonne Melgar, Francisco Ortiz Pardo, Francisco Ortiz Pinchetti, Leticia Robles de la Rosa y Patricia Vega | [Páginas 12 a 19](#)

Transhumanización de las mascotas

Estamos prohibiendo al perro que sea perro, mientras nuestras sociedades se deshumanizan. Los niños en las ciudades pierden espacios para dárseles a las mascotas.



[Extralimites | 3](#)

Peloteando en Pilates

“La maestra anunció el último ejercicio: Ball Balance. La posición era peligrosa y solo el nivel avanzado podía realizarla. Había que poner piernas y manos sobre la pelota como si fuéramos elefantes de circo”. Un relato de Mariana Leñero | [20](#)



¿Tiricia o tristeza?

La tristeza y la tiricia tienen diferencias que son representativas y operan de una manera distinta ante una circunstancia de sufrimiento.

[Vida | 4](#)



San José Insurgentes
Instituto de Yoga **GFU**

55 años nos respaldan

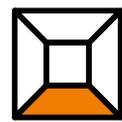
¡Atrévete al cambio!,
practica:

Yoga

Alivio del estrés,
mejor respiración
y circulación,
conciencia y paz interior

¡Regresamos
a clases
presenciales!

www.yogasanjoins.com
sanjoins@hotmail.com



Tiempo de solidaridad

Es claro que en este mes que recién inicia hay cosas que han cambiado en nuestro país, en nuestra ciudad y en nuestra alcaldía. Algunos pensarán que para bien, otros al contrario. No se trata ahora de volver a confrontarnos, sino de buscar nuestras coincidencias para que nuestro entorno sea mejor. Por nosotros y por nuestros hijos. Y también los nietos, claro. La clave se llama solidaridad. Con ella los problemas se mitigan y las distancias se acortan. Es un hecho que todos cabemos en esta gran ciudad, aun con nuestras diferencias legítimas. Lo que realmente importa es que, a partir de la solidaridad, tendamos puentes y miremos a los otros con afecto y comprensión. Todos nos necesitamos. Y todos podemos lograr grandes cosas, ¡juntos!. Este es el mensaje que junio nos trae. Empecemos esta nueva etapa así, codo con codo... y brazo con brazo. El futuro, el de nuestros hijos y nietos, es de todos. Denos la mano. Y caminemos.

» DIRECTORIO

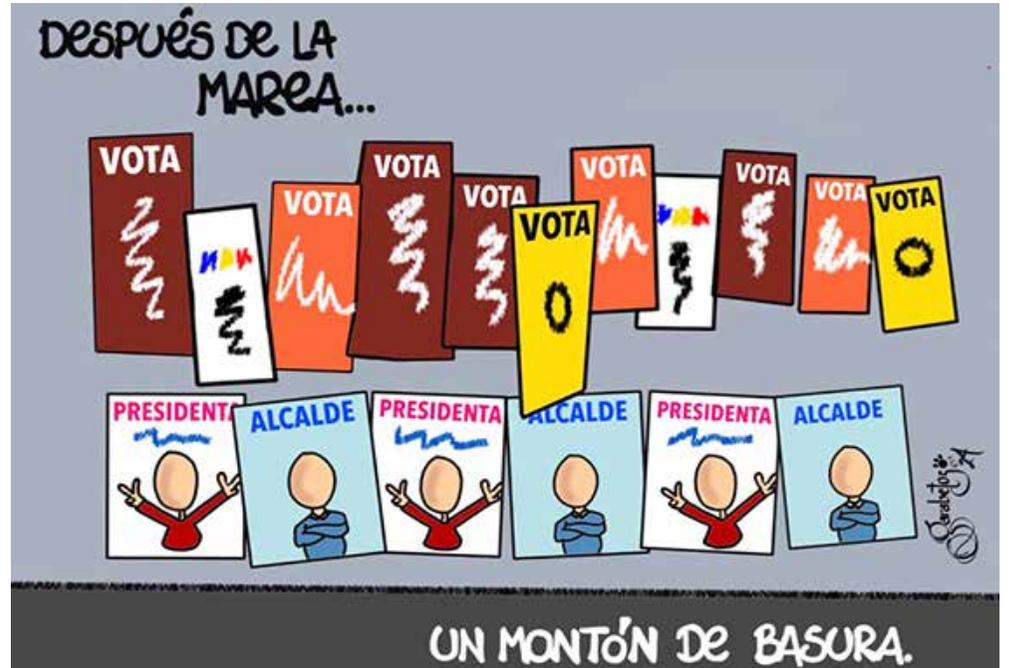
Libre en el Sur
Doscientos cuarenta y siete
3 de Junio de 2024

Director
Francisco Ortiz Pinchetti
Subdirector
Francisco Ortiz Pardo
Coeditor gráfico
Víctor Durán
duran.victor@hotmail.com
Servicios fotográficos
Agencia Cuartoscuro
Asesores de ventas
Elena Pardo S.
Diseño
Kimerá

Oficinas
Miguel Laurent 15 bis despacho 404,
colonia Tlacoquemécatl del Valle,
alcaldía Benito Juárez, C.P. 03200,
Ciudad de México. Teléfono: 5539 5212 41.

Correo: libreenelsur@gmail.com
www.libreenelsur.mx

Libre en el Sur es una
publicación mensual digital editada
por Grupo Libre Comunicación, S.A.
de C.V. Certificado de Reserva de
Derechos al Uso Exclusivo del Nombre
(Indautor) número 050714382500-101
Los editores no son responsables del
contenido de la publicidad. Los
artículos firmados son
responsabilidad de sus autores.



VIAJE ESPIRITUAL A LA INDIA



LUZ / YOGA / MEDITACIÓN

Del 8 al 19 de Diciembre

INFORMES:

5513751128

bazarluzdelatierra@gmail.com

Suscríbete
por sólo
\$350 pesos
anuales
ENVÍO GRATIS

Adquiere hasta la puerta
de tu casa **Cuartoscuro**, la
principal revista de fotografía
en México y América Latina.

Desde hace casi 30 años la revista
está comprometida con visibilizar la
creación fotográfica en nuestro país
desde una perspectiva independiente.
¡No te quedes sin tu ejemplar!



revista@cuartoscuro.com
teléfono 555211 2607, ext. 106

CUARTOSCURO
AGENCIA DE FOTOGRAFÍA Y EDITORA

37 AÑOS
DE RETRATAR
A MÉXICO

La transhumanización de las mascotas

En la Alemania nazi se hicieron las reformas más avanzadas para la protección a los animales de Europa (Reichstierschutzgesetz, 1933), mientras que judíos, socialistas y otros grupos humanos morían impávidamente en los campos de concentración.

POR ESTEBAN ORTIZ CASTAÑARES

Según me cuentan en la generación de mis padres el perro o el gato eran antes de razas distintas a las nuestras, en la mayoría de los hogares no tenían acceso a la casa, se alimentaban de las sobras de alimentos y se les asignaba áreas marginales donde podían vivir, normalmente en los jardines, patios y azoteas.

Esos animales venían de una cultura agraria, donde eran considerados una herramienta de trabajo (como cuidador, ovejero o cazador), introducidos a las ciudades para cumplir una función, que fundamentalmente era de guardián del hogar. Era muy probable que muchos de ellos sufrieran. Mi padre me contaba que tuvo un perro pastor blanco suizo, llamado "Bimbo", que fue recluido en la azotea de su casa donde se la pasaba ladrando y aullando, hasta que un día salto a la calle y huyo de su presidio.

En mi generación se generó el primer gran cambio; los perros se integraron a las familias como compañeros de juego de los niños. Yo tuve perros hasta los 12 años y conforme fue pasando el tiempo cada uno de ellos era más parte de la familia. Siempre vistos como seres diferentes, eso sí, sin ningún derecho similar al nuestro. Todos ellos, por ejemplo, comían los restos de la comida complementada con croquetas. Y aunque vivían en la casa se les prohibía subirse a las camas. Los gatos que siempre fueron más independientes, acompañaron a mis abuelos y algunas de mis tías como una mascota distante con la que rara vez se podía jugar.

La ciudad estaba llena de perros callejeros, muchos de ellos los llamados perros amarillos. Vivían de mendigar alimento o comer en basureros y siempre se les apedreaba cuando se volvían algo molestos.

El incremento de la vida solitaria, la necesidad de flexibilidad en viajar y estar ausente por cuestiones laborales o de placer y la decisión de no tener hijos, ha hecho más común que la gente adquiera algún tipo de mascotas. Al fin de cuentas implican menos responsabilidades, dan mayor libertad y socialmente son muy bien aceptadas.

En nuestros días los llamados también "animales de compañía"



empiezan a cumplir un rol que actualmente es mucho más importante que cualquier otro anterior: La disminución del sentimiento de soledad humana y el vacío familiar. Después de todo somos animales gregarios y requerimos de la presencia de congéneres para sentirnos bien.

Y así las sociedades anónimas de las grandes metrópolis del mundo tratan de compensar esta necesidad con la adquisición de un "perrhijo" o "cathijo". En estas ciudades se reformaron las estructuras y actualmente ya hay muy pocos perros callejeros.

Las mascotas se han vuelto compañeros de adultos mayores, dándoles nuevos roles y responsa-

bilidades que han perdido en las sociedades modernas y que dan sentido a sus vidas. Además, se convierten en los mejores amigos y compañeros de muchos que quedan en un estado de semi abandono por sus familiares o por ser los últimos sobrevivientes de su generación. Por un proceso de empatía, los octogenarios crean una transferencia de atributos humanos a perros, gatos y otros animales, que en realidad no tienen. Y así hablan con ellos, los regañan, discuten y los alagan como lo harían con un niño pequeño.

Pero esa transhumanización se extiende actualmente a todos los segmentos de edades. En nues-

tras sociedades de consumo surgen nuevos productos y servicios que el comercio ha sabido vender muy bien. Hay hoteles que aceptan mascotas (o incluso son solo para huéspedes con mascotas), se pueden comprar pasajes para ellos en el avión como si se tratara de niños pequeños.

Se ha creado una industria no solo para la atención médica de dichos animales, pero también para su educación, terapias psicológicas, pedicure y peluquerías especializadas. Los parques empiezan a tener zonas confinadas para perros. La industria alimenticia ha creado helados y golosinas para mascotas. Hay clubes muy populares donde uno puede recibir tips

para educar, alimentar y divertir perros y gatos y cientos de páginas en las redes sociales donde los amos escriben las aventuras de sus mascotas.

Y por supuesto existen servicios funerarios y cementerios caninos...

Y así empezamos a olvidar que interactuamos con una especie distinta a la nuestra, con procesos cognitivos diferentes y comportamientos que en muchos casos son provocados por causas y características totalmente distintas a las que atribuimos (ver los libros *Perros*, del biólogo Desmond Morris).

A las mascotas se les exige al mismo tiempo que pierdan su propia identidad. Si un perro se siente incómodo de llevar un disfraz en algún día festivo (Santa Claus, Calaverita de Halloween), o si se pone nervioso cuando gente y mascotas vienen a su casa "para festejar su cumpleaños", es reprendido y se le acusa de mal agradecido. Estamos prohibiendo al perro que sea perro, porque esperamos que se comporte como nosotros. Y lo triste es que nuestras sociedades también se deshumanizan.

Los espacios de vivienda en muchas partes del mundo, México entre ellos, dan mayor facilidad a inquilinos con mascotas que con niños. Los niños en las ciudades pierden espacios para dárselos a las mascotas. Cada vez hay más personas dispuestas a colaborar con asociaciones que protejan o den mayores derechos animales, que involucrarse en acciones que reduzcan la pobreza y el sufrimiento de los seres humanos.

En la Alemania nazi se hicieron las reformas más avanzadas para la protección a los animales de Europa (Reichstierschutzgesetz, 1933), mientras que judíos, socialistas y otros grupos humanos morían impávidamente en los campos de concentración. Yo sé que es un caso extremo de la historia, pero la prioridad en el desarrollo de nuestra civilización debe concentrarse, en primera instancia, en la mejora de nuestros congéneres.

Respetando siempre la vida de otras criaturas, no debemos olvidarnos que:

Son especies distintas a la nuestra.

Muchos de sus comportamientos no son homólogos a los humanos.

Tienen derecho a ser animales.

Y que su mejora no puede ir en detrimento de la calidad humana. ■



Fotograma: Especial

Escena del documental de Ángeles Cruz.

La Tiricia y la Tristeza

La tiricia ha sido objeto de estudio por parte de antropólogos y médicos interesados en la medicina tradicional y la salud mental en México.

POR NADIA MENÉNDEZ DI PARDO

Este artículo describe las características, causas y síntomas de una enfermedad denominada tiricia, que es también reconocida como “mal de tristeza” o “tristeza del alma”. Este padecimiento es identificado en diferentes zonas geográficas del país, principalmente en comunidades indígenas y rurales. Los estados donde se tiene mayor registro de esta enfermedad son: Oaxaca, Chiapas, Puebla, Michoacán, Guerrero, Hidalgo y Veracruz. Es importante decir que aunque no está formalmente clasificada por la medicina alópata, la tiricia está fuertemente arraigada dentro de la medicina tradicional mexicana. A diferencia de la tristeza en la cual se puede manifestar dolor, melancolía, y angustia por situa-

ciones de pérdida o de duelo ante un evento de desconsuelo, la tristeza y la tiricia tienen diferencias que son representativas y operan de una manera distinta ante una circunstancia de sufrimiento, es decir en términos de su contexto y definición.

Dentro de las diferentes culturas la tristeza puede ser expresada a través del llanto, la melancolía y en una apatía notable de los sujetos. La tiricia por su parte se refiere a una condición de profunda melancolía o tristeza que puede tener implicaciones más graves y duraderas. De acuerdo con diferentes fuentes, la tiricia surge de situaciones donde domina una tristeza profunda, como la pérdida de un ser querido, un desamor, un estado de duelo e incluso también por la pérdida de usos y costumbres de las raíces culturales de identidad, como

por ejemplo el desarraigo, que puede representar la migración a otra localidad o el alejamiento del lugar de origen, lo que pueden provocar sentimientos de vacío y tristeza profunda, contribuyendo al desarrollo de la tiricia, a su vez problemas familiares o comunitarios, desencuentros en el hogar o en la comunidad también pueden ser generadores de una situación de angustia y de abatimiento.

La tiricia no solo se relaciona con la tristeza emocional, sino que también tiene manifestaciones físicas, como debilidad, inapetencia, y fatiga extrema. Dentro de los síntomas de la tiricia se encuentra la apatía y la pérdida de motivación, el insomnio o trastornos del sueño y el aislamiento social. En algunos contextos, se considera que la tiricia puede ser causada por factores culturales como por ejemplo el “mal de ojo”.

En algunas comunidades indígenas y rurales del país, la tiricia es tratada por curanderos o chamanes, los cuales mediante ceremonias especiales y remedios tradicionales de arraigo popular restablecen el equilibrio emocional, anímico y espiritual del individuo enfermo. Entre las prácticas más comunes se encuentran las limpias y rituales, junto con la aplicación de hierbas y rezos para limpiar y eliminar las energías negativas, normalmente conducidos por algún curandero o chamán. Plantas medicinales como la ruda, el romero y la salvia, conocidas por sus propiedades tranquilizantes y revitalizantes, se usan frecuentemente, y además se realizan masajes con aceites y hierbas empleados para calmar el cuerpo y la mente.

También el apoyo de la familia y de la comunidad son fundamentales para que el enfermo se recupere. En los últimos años ha habido un creciente interés en la integración de prácticas de la medicina tradicional con terapias psicológicas y psiquiátricas. La tiricia ha sido objeto de estudio por parte de antropólogos y médicos interesados en la medicina tradicional y la salud mental en México.

Los diferentes estudios e investigaciones han contribuido significativamente a la comprensión de la tiricia y otras enfermedades tradicionales, destacando la importancia de la medicina tradicional y su combinación con prácticas

de salud actuales. Existe un documental mexicano que toca el tema de la tiricia y que fue premiado por su forma de tratar el tema. El documental se llama “La tiricia o cómo curar la tristeza» dirigido por Ángeles Cruz y se estrenó en el 2012. El cortometraje cuenta la vida de tres mujeres de una comunidad indígena mixteca de Oaxaca, ellas están afrontando alguna forma de sufrimiento y de amor no correspondido, lo que las conduce a enfermarse de tiricia. La historia presenta como estas heridas emocionales enferman pero que sanan con el tiempo mediante prácticas tradicionales o formas de vinculación comunitaria específicas para estos casos. El documental de Ángeles Cruz es muy importante y significativo porque visibiliza una enfermedad tradicional que rara vez es comprendida fuera de las comunidades indígenas. Este corto documental ha servido para que la tiricia pase a ser reconocida, con lo cual puede ser comprendida en su total profundidad y complejidad, tanto en su expresión como en las fases de su tratamiento dentro de la cultura mexicana.

Aunque la medicina moderna no reconoce oficialmente la tiricia, es importante que se entienda en términos culturales. La medicina tradicional y la moderna pueden coexistir y complementarse, y de esta manera ofrecer una visión más integral de la salud y el bienestar. ■

“Seguridad, parques e instalaciones deportivas y culturales de primer nivel, servicios eficientes, programas sociales, infraestructura y desarrollo social y económico, son ejemplo de la calidad de vida que todas y todos los chilangos aspiran tener”, afirma Santiago Taboada.



BJ, ‘modelo del cambio en CDMX’

Agrega Taboada que replicará el modelo de Benito Juárez al resto de la ciudad, para regresarle su grandeza y para que sus habitantes se sientan orgullosos en el lugar en donde viven. Y expone:

“ Los habitantes de la ciudad aspiran y por eso hay que contrastar, la calidad de vida no depende de tener mucho o poco o de qué lado de la ciudad vivas, tiene que ver con que se hayan puesto las condiciones para que la gente viva con seguridad, para que pueda recorrer un espacio público de calidad, para que los niños puedan ir a una escuela pública mejor.”

Explica que, al igual que en Benito Juárez, una de sus prioridades es blindar la ciudad. “Creo en los modelos que dieron resultados, no en los modelos utópicos. Vamos a combatir a los delincuentes, no los vamos a abrazar porque todas y todos merecemos vivir en paz”, dice.

“Además, vamos invertir es espacios públicos de calidad tal como lo hice en Benito Juárez”, recalca. “Siempre lo he dicho: lo público debe ser igual o mejor que lo privado, no tienen porque ser distinto.”

También le interesa mucho poder disminuir las brechas de desigualdad, y por ello, dice, “vamos a mantener y a mejorar los programas sociales pero también habrá oportunidades, cambiaremos el rostro de la ciudad”.

Antonio Machuca

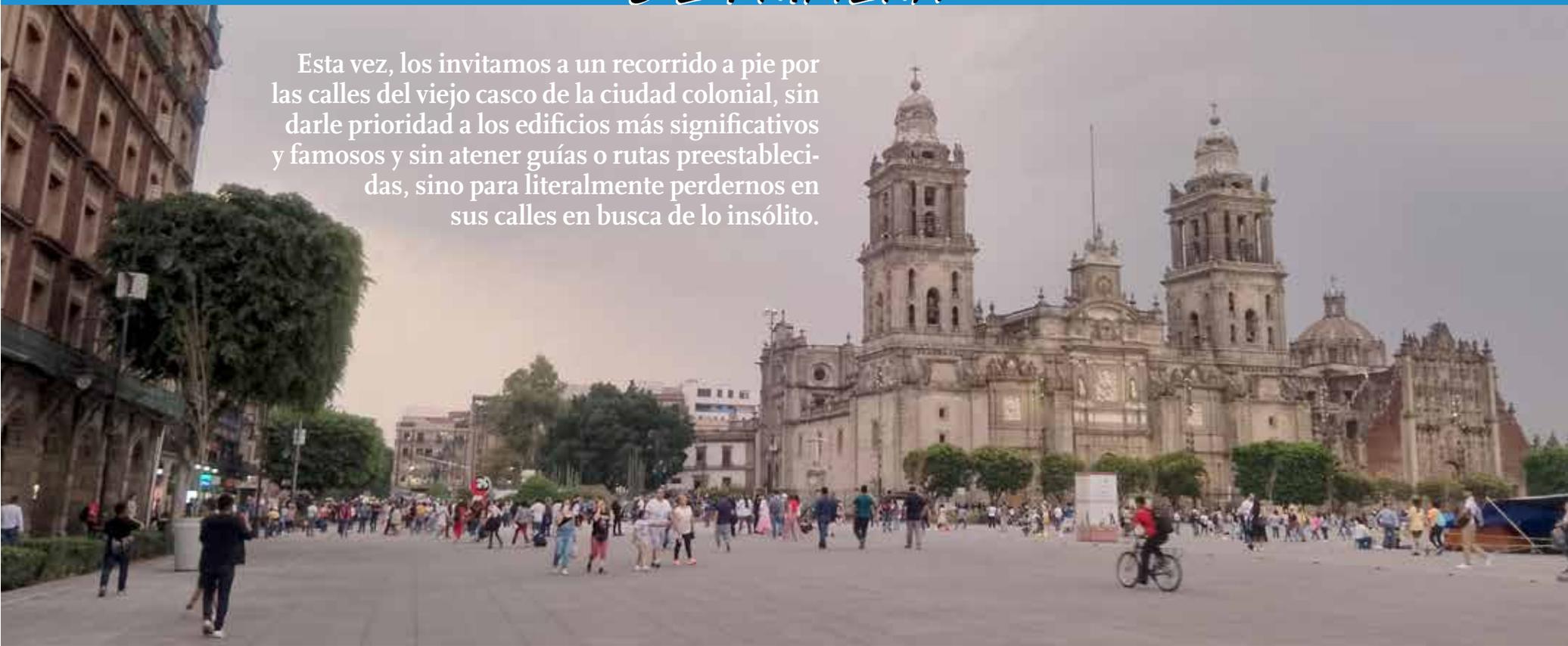
En el último sexenio, la alcaldía Benito Juárez se consolidó como el mejor lugar para vivir, el más seguro y el de mayor competitividad en la Ciudad de México, afirma el ex alcalde Santiago Taboada, quien encabezó ese periodo de gobierno en la demarcación.

Asegura que esos resultados, “ejemplo de un gobierno con visión de futuro”, es el modelo de ciudad al que aspiran todas y todos los chilangos, y el tiempo del cambio llegó porque después de 27 años aquí no han mejorado las cosas.

“Vamos a emparejar la cancha para que la gente viva mejor, ese es el principal reto, hacer de esta ciudad un lugar digno, seguro, con servicios públicos de calidad, con un transporte eficiente y con oportunidades para todas y todos, una ciudad con futuro,” apunta el ex alcalde en entrevista.



Esta vez, los invitamos a un recorrido a pie por las calles del viejo casco de la ciudad colonial, sin darle prioridad a los edificios más significativos y famosos y sin atener guías o rutas preestablecidas, sino para literalmente perdernos en sus calles en busca de lo insólito.



Caminar sin rumbo... por la historia



Francisco I. Madero



No hay más escribanos en la Plaza de Santo Domingo.

TEXTO: FRANCISCO ORTIZ PINCHETTI
FOTOS: FRANCISCO ORTIZ PARDO

El Centro Histórico de la Ciudad de México, declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO desde 1987, es uno de los más atractivos del orbe. La cantidad de sitios de interés cultural, histórico, artístico, arquitectónico, arqueológico y religioso que guardan sus 9.7 kilómetros cuadrados de extensión lo hacen un destino mundial en sí mismo.

Baste decir que además de lugares tan importantes como la Plaza de la Constitución, los vestigios del Templo Mayor, el Palacio Nacional con sus murales de Diego Rivera, la Catedral Metropolitana, hay 67 monumentos religiosos, 129 monumentos civiles, 743 edificios valiosos, que deben conservarse; 111 edificios con valor ambiental, que deben conservarse, 17 edificios ligados a hechos o personajes históricos; 78 plazas y jardines 19 claustros; 26 fuentes o monumentos conmemorativos, 13 museos o galerías, 12 sitios o edificios con pintura mural, todos construidos entre los siglos XVI y XIX.



Un sueño en la calle de Donceles.

Esta vez, sin embargo, nuestra invitación es a acompañarnos por un recorrido a pie a través de algunas de sus 47 calles, callejones y plazas, todas ellas llenas de vestigios, reminiscencias, sitios insólitos... y nostalgias. La primera condición es hacerlo sin prisa. La segunda, ir con los ojos bien abiertos, en busca de las sorpresas, los detalles curiosos. Y la tercera, dejar a un lado las guías y caminar, caminar, caminar sin una ruta fijada de antemano.

Perderse, sin rumbo, por la historia.

Así, les sugerimos empezar esta caminata de cuatro o cinco horas en la esquina de Izazaga e Isabel la Católica, al sur del llamado Primer Cuadro, donde por cierto se ubica el Museo de la Charrería. De ahí hacia el norte, encontraremos la calle de San Jerónimo. Ahí se ubica la Universidad del Claustro de Sor Juana, hoy centro educativo de excelencia. Y, enfrente, una las hosterías con más personalidad y sabor, La Bota, sitio de bohemia, libros y muy buena comida, accesible además. Regina, una calle paralela a la anterior,



El Cinema Río. Solo pelis para adultos.



Limpeza al cierre de los negocios.



Templo de San Jerónimo y estatua de Sor Juana Inés de la Cruz

se ha convertido en una zona peatonal cuya atinada restauración original se ha desvirtuado y derivado lamentablemente en una serie de animadas chelerías demasiado ruidosas y sin carácter. No obstante, el barrio vale la pena. Está ahí el ex convento y la iglesia de Regina Coeli ("Reyna del Cielo"), de los siglos XVI y XVII, así como una remodelada plaza del mismo nombre presidida por el antiguo hospital de Concepción Béistegui, en cuyos bajos funciona ahora una cafetería Jekemir.

Podemos luego caminar por la calle Uruguay (frente al restaurante Danubio, uno de los más abolenos en la capital), hacia la de Bolívar y avanzar por ésta a través de una serie de establecimientos donde se ofrece toda clase de instrumentos musicales y, de pronto, encontrarnos con tres de las cantinas de más tradición del México Viejo: La Mascota, con sus célebres tortas; el Gallo de Oro, hoy con acreditado servicio de restaurante, y la Cervecería Corona. En la esquina con Venustiano Carranza están el reloj Otomano y la fuente de la rana, que durante mucho tiempo fue lugar de reunión de los boleros del rumbo.



En Regina.





16 de Septiembre.

Profesa (1714-1720) y el Hotel Majestic, al desembocar en el zócalo. En un pasaje que cruza hacia la avenida Cinco de Mayo se esconden aun vestigios del que fuera el convento de San Francisco (1716), el más grande de la Nueva España.

La gran Plaza de la Constitución que ha sido convertida recientemente en una enorme explanada totalmente peatonal, flaqueado por edificaciones coloniales tan importantes como la Catedral Metropolitana, el Palacio Nacional, el Palacio del Ayuntamiento y el Portal de Mercaderes, que data también del siglo XVI, cuyos locales comerciales ocupan hoy numerosas joyerías y, como desde 1847, la sombrerería Tardán en la esquina con 16 de Septiembre, a unos pasos del Gran Hotel de la Ciudad de México.

Vale la pena atravesar el Zócalo mirando a nuestro alrededor, admirando ese entorno espléndido, para llegar, en el vértice nororiental de la plaza, a los vestigios del Templo Mayor. Antes de hacerlo, podemos detenernos en la esquina de Cinco de Febrero y Madero, junto a la Catedral, en el insólitamente poco conocido Monumento Hipsográfico de la Ciudad de México. Miles pasan por ahí cada día, sin conocerlo. Menos saben que ese sitio es la Plaza del Marqués. Está dedicada a Enrico Martínez (1550-1632), el cosmógrafo real, intérprete, editor y primer ingeniero hidráulico. La hipsometría es la medida de elevaciones y profundidades de la superficie de la Tierra en relación con el nivel del mar. Ahí se indica la de la capital mexicana: mil 240 metros.

Del lado contrario de la explanada, en la esquina sureste, está la Plaza de la Fundación, que conmemora la legendaria fundación de la Gran Tenochtitlan en 1325. En ese poco frecuentado y pequeño vástago del Zócalo, ubicado

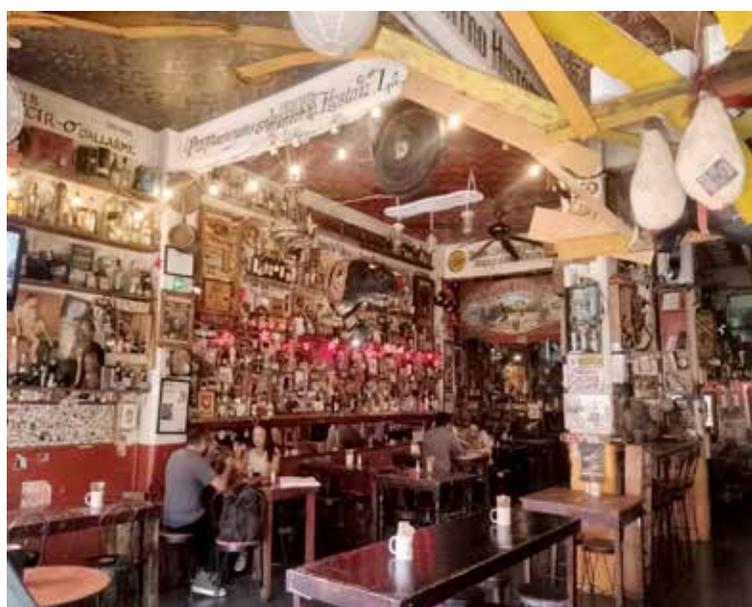


Templo de Santo Domingo. A la derecha, la vieja Escuela de Medicina.

Sigue luego una sucesión de edificios coloniales en uno de los cuales se encuentra, en su plana alta, el Casino Español, uno de los restaurantes de mayor tradición, cuyo salón principal es algo para admirar. En el número 27 de esa misma calle encontramos una joya, la zapatería El Borceguí – hoy también Museo del Calzado–, fundada en 1865.

Y de pronto estamos ya en una de las calles peatonales de mayor

tradición comercial y de las más concurridas del Centro Histórico, la de Madero, antes calle Plateros, por donde transitan cada día 350 mil viandantes, en promedio. Topamos de entrada con la Casa de los Azulejos del ya icónico restaurante Sanborn's, frente a la Torre Latinoamericana, y pasamos ante el templo de San Francisco (1716), el Museo del Estanquillo de Carlos Monsiváis en la esquina con Isabel la Católica, la iglesia de La



Hostería La Bota.



El Borceguí, en la calle Bolívar.



justo enfrente de los edificios del gobierno de CDMX y de la Suprema Corte de Justicia (donde desemboca la avenida Pino Suárez). La escultura elaborada por Carlos Marquina de 1970 representa el mítico avistamiento del águila devorando a la serpiente sobre un nopal, que determinó la ubicación de la gran capital mexicana.

Hay que dejar luego la plaza y caminar por esas viejas calles como Moneda, Correo Mayor, Argentina, Brasil, hasta ir a dar a la Plaza de Santo Domingo, --cuyo nombre oficial es "Plaza 23 de Mayo" en referencia al Día del Estudiante, lo que pocos saben-- con su templo barroco del siglo XVII, su viejo edificio del Santo Oficio y sus portales que albergaron durante muchas décadas a los famosos "evangelistas", personajes que ofrecían sus servicios para redactar cartas de cualquier tema, incluido por supuesto el amor... En la esquina de ese portal, en la que todavía funcionan pequeñas imprentas, descubrimos una diminuta placa de mosaico que indica el nivel (10 metros) alcanzado por el agua durante la inundación de 1898.

En la calle de República de Cuba, otro hallazgo: el antiquísimo Cinema Río, que como desde hace un siglo ofrece hoy exclusivamente películas XXX, eróticas o pornográficas. Dispone de dos salas de exhibición, una de ellas para público en general. Y otra... ¡solo para parejas!

De regreso hacia el sur, tomamos la calle de República de Brasil y recorreremos con la mirada, una tras otras, las librerías de viejo que ahí abundan, antes de

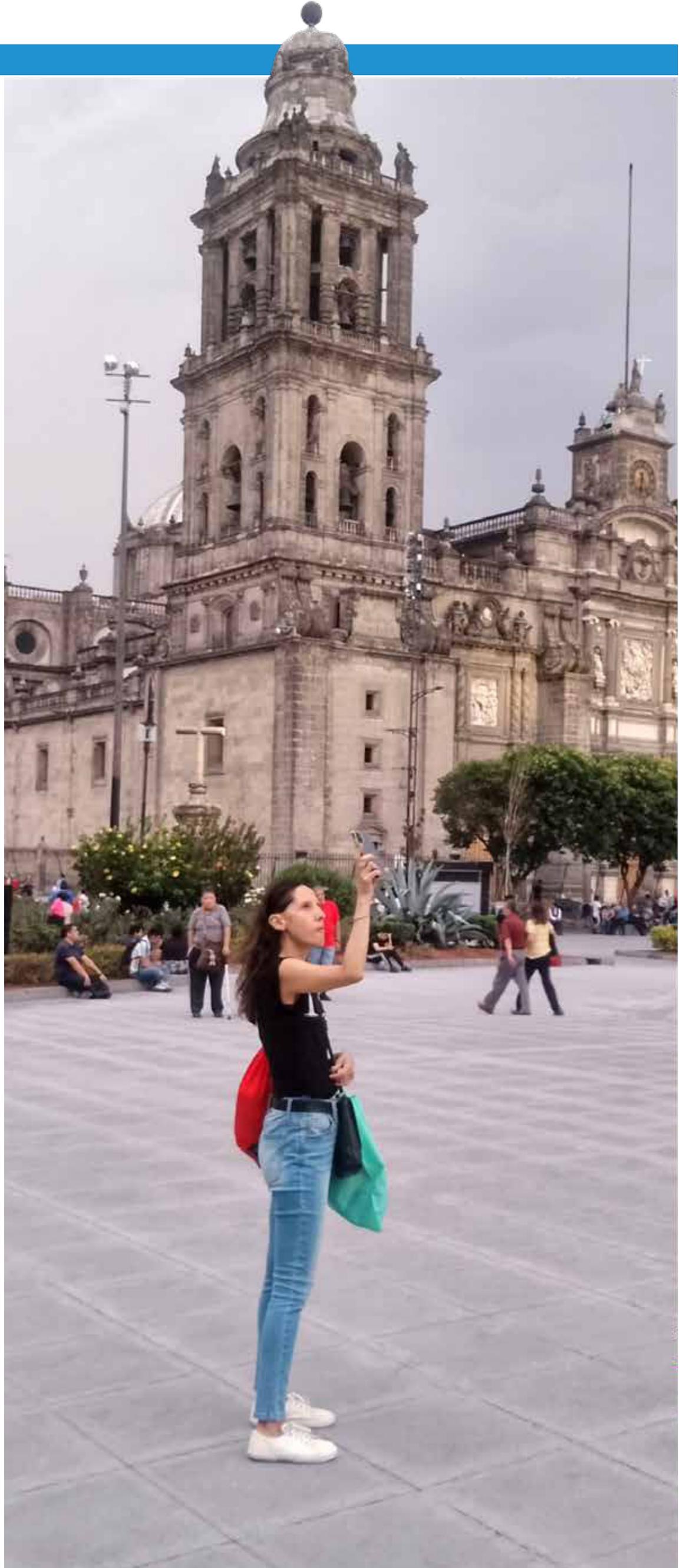
llegar a calle de Tacuba, pasar en la esquina de Donceles por la sede actual del Congreso de la capital y el Teatro de la Ciudad, y detenernos a las puertas del Café de Tacuba para admirar su interior cubierto de azulejos. De ahí a la avenida Cinco de Mayo para pasar delante al café La Blanca, Las petacas de Miguel y la célebrima cantina La Ópera, hoy convertida en restaurante, en una de cuyas paredes aún se presumen los disparos que hizo Pancho Villa en una de sus visitas al lugar.

Una miradita de paso a la Pastelería Madrid, una de las más antiguas de México, en la esquina de Tacuba y 5 de Febrero, y otra en La Ideal, de 16 de septiembre, completarán la parte gastronómica de nuestro recorrido, que forzosamente habrá pasado por la Plaza Manuel Tolsá (donde ahora está el itinerante Caballito), en la que se ubican el Palacio de Minería, el Museo Nacional de Arte (MUNAL) y el restaurante El Cardenal, en las inmediaciones del viejo Senado de la República de la calle Xicoténcatl.

Amerita asomarse, ya en los linderos del Primer Cuadro, al Palacio de las Bellas Artes, el edificio del Banco de México y el Palacio Postal, en torno a las esquinas de avenida Juárez, Cinco de Mayo y Eje Central, en el que por cierto no se puede evitar una escala en la churrería El Moro. Y, hacia el norte, la Plaza de Garibaldi con sus mariachis y su inigualable Tenampa, refugio e inspiración de José Alfredo Jiménez, Chavela Vargas y hasta Joaquín Sabina. Se vale tomarse ahí un alipús para rematar nuestro recorrido... ¡salud! ☑



Tiendas de música en Bolívar.



22 años de ser el medio de tu comunidad



Teléfono: **55-5488-4131**

Correo electrónico: **libreenelsur@gmail.com**

Twitter: **@Libreenelsur**

Youtube: **libre en el Sur Televisión**

TikTok: **@libreenelsur.official**

Instagram: **libreenelsur_oficial**

Facebook: **Periódico Libre en el Sur**

#sieslomismolibre

In·situ
Diseño y ciencia

Servicios especializados
Diseño Gráfico
para ciencia y tecnología

Con más de 20 años en la industria editorial y trabajando para instituciones públicas y privadas relacionadas con la ciencia y la tecnología, ponemos a su disposición un equipo de diseñadores multimedia, así como redactores especializados en esta área.

- Revista Científica
- Infografías
- Multimedia para redes sociales
- Diseño de gacetas
- Banners y flyers

www.insitugraphics.com

 553435-2193

RECUPERA TU CABELLO Y TU AUTOESTIMA
MICROINJERTO
\$44,000
CON HASTA 12 MSI

MÍNIMO 4000 FOLÍCULOS
INCLUYE CITAS DE SEGUIMIENTO Y KIT POST PROCEDIMIENTO

DESCUENTO ESPECIAL
POR PAGO EN EFECTIVO

METAMEDIC

Luz Saviñón 13-701,
Col. del Valle Nte,
Benito Juárez, 03100
Ciudad de México,
CDMX
+52 55 2922 5491

“ALGÚN DÍA ME LO VAS A AGRADECER”



Entérate de lo más novedoso de la ciencia en México, síguenos en **Conexión Cinvestav**.



f @ConexionCinvestav
 @conexioncinvestav
 Conexion Cinvestav



www.cinvestav.mx

El Zócalo es de todos

Por ese rumbo, iban al Palacio de Bellas Artes, llamado el Teatro Blanquito por el inolvidable musicólogo José Antonio Alcaraz, por su cercana contraposición con el Teatro Blanquita (ineludible “fuente” periodística de espectáculos), cuabras adelante sobre lo que entonces era San Juan de Letrán (que Dios te guarde, Sergio Esquivel) y hoy es el tecnocrático Eje Central.

Por Gerardo Galarza

Para un chilango, como el escritor, el Zócalo de la Ciudad de México (así, y no CDMX) es el centro histórico, político, económico, cultural y centro de festividades de todo el país.

Es necesario establecer que hace 50 años (ah, chingá), en 1974, cuando el escritor llegó a la entonces México, Distrito Federal, el concepto un tanto despectivo “chilango” se aplicaba a los provincianos que llegábamos a vivir, por diversos motivos, a la capital de la República. Pero, el gentilicio de los nacidos en el Distrito Federal pues no era muy popular; el mejor de ellos era el de “capitalinos”, aun cuando los habitantes de las capitales estatales también se sentían con ese mismo derecho. Por fortuna a nadie se le ocurrió inventar los gentilicios “capitalino federal” y “capitalino estatal”.

Hoy parece que el término “chilango” dejó, primero, de ser peyorativo, y,

segundo, incluye a todos los habitantes de la Ciudad de México, nacidos o residentes en ella, quienes unos y otros lo llevan con orgullo. A nadie se lo ocurrió definirse como “defeño” o “ciumexica” o algo similar, porque simplemente ya hay mexicanos y mexiquenses... cosas de los gentilicios nacionales.

Para un reportero, como el escritor, lo que hoy se conoce como Centro Histórico de la Ciudad de México fue centro de trabajo natural por las diversas “fuentes” periodísticas que ahí se concentraban: Palacio Nacional -para las fuentes presidencial y económica y financiera (la sede principal de la Secretaría de Hacienda aún está en ese edificio virreinal)-, Palacio del Ayuntamiento (el Departamento del Distrito Federal, hoy Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México), la Cámara de Diputados (en Donceles y Allende), el Senado (en Xicoténcatl, a un costado de lo que hoy es el Museo Nacional del Arte y frente al célebre teatro Fru Fru), el Banco Nacional de



Vista del Centro Histórico hacia el oriente, desde la Torre Latino.

Foto: Francisco Ortiz Pardo



Foto: Francisco Ortiz Pardo

México (fuente económica y financiera), el Palacio de Bellas Artes (fuentes culturales), y más o menos a esa misma distancia, hacia el sur, ahí donde inicia 20 de Noviembre, la temible Dirección General de Policía y Tránsito en Tlaxcoaque (la fuente policiaca).

Hace 50 años, tampoco existía (al menos popularmente) el concepto de Centro Histórico. El Centro era simplemente el Centro y su centro era el Zócalo, con su Palacio Nacional, su Catedral, y su asta bandera en el centro de su plaza.

Además, claro está, el Centro era, como es, un espacio, comercial, económico, cultural, turístico, histórico.

Todos los turistas, los nativos y los recién llegados iban al Centro, al Zócalo, a la Catedral, Palacio Nacional (al que podía entrar sin mucho problema), a Bellas Artes y a la imponente Torre Latinoamericana, tanto que con ella se hicieron chistes como aquel de un policía que le pregunta a un provinciano qué hace con la vista hacia arriba; el visitante le contesta que está contando los pisos del emblemático (así se dice ahora) edificio, y entonces el policía gandalla, como casi todos los policías de la Ciudad de México, le pregunta: ¿Cuántos lleva?, 42, responde el provinciano; pues, añade el policía, cada piso cuesta un peso, así que voy a aceptar su cuenta y ya me debe 42 pesos...

Y sí, por ese rumbo, iban al Palacio de Bellas Artes, llamado el Teatro Blanquito por el inolvidable musicólogo José Antonio Alcaraz, por su cercana contraposición con el Teatro Blanquita (ineludible “fuente” periodística de espectáculos), cuadas adelante sobre lo que entonces era San Juan de Letrán (que Dios te guarde, Sergio Esquivel) y hoy es el tecnocrático Eje Central.

No está por demás decir que adelantito del Blanquita está la Plaza Garibaldi, su Tenampa, sus mariachis ambulantes, y otros templos de sana diversión y esparcimiento, generalmente con nombre en francés. A nadie le hacía daño gritar u oír: ¡Pelos, pelos, pelos!

Sin olvidar el paseo dominical y familiar por la Alameda Central con sus fuentes y sus esculturas.



Palacio de Bellas Artes, Alameda Central y colonia Guerrero.

San Juan de Letrán de noche y Niño Perdido, a las mismas horas, eran un hervidero de parroquianos dispuestos a gozar de bailes y espectáculos que hoy apenas si alcanzarían la mitad de una de las tres X con las que se clasifican las “actividades” bizarras, extravagantes o, digamos, eróticas.

Las calles aledañas, especializadas cada una o un conjunto de ellas, en venta de ropa, telas y todo tipo de géneros: vestidos de novia y de quinceañeras, trajes para burócratas, uniformes escolares, zapaterías; implementos médicos; loza, cubiertos y cristalería para las cocinas y comedores; librerías de nuevos y de viejos; tiendas especializadas en, por ejemplo, plumas Mont Blanc, cámaras fotográficas y de cualquier tipo de mercancía; merolicos que vendían pomadas y píldoras milagrosas para aquellos que despertaban con el aliento con sabor a centavo o con dolores en las articulaciones... que competían, ganando casi siempre, con los grandes almacenes que ya existían.

Además de hoteles todo de todo tipo, comenzando por el histórico y de caché Gran Hotel de la Ciudad de México, y también de vecindades que muchas veces eran refugio de perseguidos por la policía.

También la Plaza de Santo Domingo y sus escribientes de cartas a máquina de todo tipo, incluidas las románticas y las burocráticas, la impresión de tesis universitarias, sin olvidar la falsificación de documentos oficiales, especialmente de títulos profesionales, frente al antiguo Palacio de La Inquisición, recuerdo de otros tiempos.

En el mismo Centro otros impresionantes edificios como los palacios de Minería y el Postal, el de Correos o el Monte de Piedad, auxilio de la economías populares, siempre con “colas”



La marea rosa.

en sus aceras y fuera para quienes iban a empeñar su posesiones, quienes las iba a recuperar o, los más, aquellos iban a pagar el refrendo de lo empeñado para evitar perderlo.

Cómo olvidar Tepito con su tradición popular, cuna de boxeadores y también de la entonces imprescindible fayuca, donde fue posible obtener todos los productos extranjeros (televisores, aparatos de sonido, grabadoras, relojes, lo que fuera) cuya importación estaba prohibida o el costo de su importación legal era prohibitivo para la mayoría de los habitantes de la ciudad, que no pudo sobrevivir luego de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio (TLC).

Todo cobijado por restaurantes (el original El Cardenal que todavía existe o el Orfeo Catalá o el Casino Español, el Café La Blanca y los de los chinos) loncherías, juguerías, torterías, taquerías de todas las especialidades establecidas o ambulantes como las de tacos sudados con sus siempre hules azules en las canastas y las bicicletas de sus vendedores.

Pero olvídense de esto y si quiere disfrutar de veras el Centro de la Ciudad de México, pues váyase a YouTube o Spotify y busque “México, Distrito Federal” del Chava Flores o, ya de perdis, “San Juan de Letrán” del ya citado Sergio Esquivel.

Se decía que cada uno habla de la feria según le fue en ella.

Y entonces, uno habla de su propia feria.

Y en feria del escritor fue todo eso, pero esencialmente su recuerdo del Centro Histórico tiene que ver con su actividad periodística, el reporteo. Con frecuencia iba al Centro Histórico a “cubrir” manifestaciones, actos de protesta o festividades públicas: cómo olvidar las concertaciones populares convocadas en 1988 por Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel J. Clouthier en protesta por aquel fraude electoral; o las de conmemoración del 2 de Octubre, o también, porqué no, las marchas y manifestaciones oficiales de, por ejemplo, las de los 1º de mayo para agradecerle al Señor Presidente de la República el empleo y las presuntas conquistas laborales con acarreados de todo tipo y de las que se decía que habían asistido un millón de trabajadores, todos por supuesto obligados por sus respectivos sindicatos priistas o la celebración del Grito los 15 septiembre y el Desfile militar del día siguiente...

Por eso, el mayor recuerdo del Centro Histórico de la Ciudad de México, su zócalo, su plancha y su asta bandera monumental es el del espacio de todos lo mexicanos, capitalinos, chilangos y provincianos, de todas las tendencias y creencias para ejercer sus libertades, aunque siempre las autoridades de siempre hayan tratado de impedirlo sin éxito.

El Zócalo es de todos, se dice ahora, aunque cada ciudad y cada población del territorio nacional tengan su “zócalito” (en lenguaje de los chilangos que visitaban “la provincia” en Semana Santa o Navidad.

Por Leticia Robles de la Rosa

El olor a chocolate era una señal inequívoca de que el trabajo de mi mamá ya estaba cerca. No sabía cómo se llamaba la calle, pero siempre veía desde la ventana del Santa Julia las letras mágicas que inquietaban mis papilas gustativas: La Azteca.

Sólo tres calles después de La Azteca, que era la fábrica de chocolates más famosa de México, ubicada en Ferrocarril de Cintura 105, el camión de la ruta Santa Julia- Merced y Anexas daba vuelta en la calle de Miguel Alemán para después tomar Anillo de Circunvalación. Nosotros bajábamos justo en la esquina para caminar por Miguel Alemán y llegar al enorme mercado Abelardo L. Rodríguez, conocido sólo como "El Abelardo" y seguir por El Carmen para llegar al café de chinos donde mi madre trabajaba.

Ahí fue la primera vez que vi la palabra "Goya". Era y es el nombre del café de chinos que sigue en la esquina de El Carmen y Colombia, en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

Acompañar a mi mamá al trabajo era una aventura maravillosa, porque mi hermano y yo encontrábamos muchas formas de divertirnos en unas calles que eran tan seguras para un par de niños que podíamos pasarnos la tarde contando las escaleras del hospital Gregorio Salas, o echar carreras entre la entrada del café y la primaria República de Panamá o subir a jugar con la familia de chinos dueña del café "Goya", que evidentemente le debe el nombre a la cercanía con el antiguo barrio universitario que estaba sólo a unas calles, en San Idelfonso, Argentina, Venezuela y Brasil, donde por cierto desde 1999 la UNAM regresó a celebrar las sesiones del Consejo Universitario en la antigua Escuela de Medicina.

Recuerdo que había una tienda de ropa muy cerca del café, donde vendían un vestido color rosa que me gustaba mucho, pero que nunca se lo pedí a mi mamá, porque mi estilo era más de andar con pantalones, pues tenía una afición enorme a sentir el aire golpearme la cara cuando corría a toda velocidad y los vestidos me estorbaban.

Y cuando terminaba el trabajo de mi madre, el regreso a casa implicaba caminar por otras calles de esa zona del Centro Histórico. Recuerdo mucho al dueño de un puesto de periódicos que estaba en la esquina de San Idelfonso y Loreto, porque nos dejaba leer gratis los cuentos de Archie, del Pato Donald y hasta el Lágrimas y Risas, mientras platicaba con mi mamá.

El olor a chocolate y la escalera del Gregorio Salas

"Camino a Anillo de Circunvalación para tomar el camión de regreso, pasábamos por el Mercado de Mixcalco, que es un lugar donde se vende ropa. Ahí vi por primera vez la marca Mussi, que usé durante años y que en 2019 hizo famosa Beatriz Gutiérrez, la esposa del presidente Andrés Manuel López Obrador, porque es el diseñador de su ropa".

Camino a Anillo de Circunvalación para tomar el camión de regreso, pasábamos por el Mercado de Mixcalco, que es un lugar donde se vende ropa. Todavía entre los años 2000 y 2009 iba con frecuencia a ese mercado. Ahí vi por primera vez la marca Mussi, que usé durante años y que en 2019 hizo famosa Beatriz Gutiérrez, la esposa del presidente Andrés Manuel López Obrador, porque es el diseñador de su ropa.

En diciembre del 2004, mientras caminaba cerca del Mercado de Mixcalco, de pronto un hombre salió con un montón de ropa colgada y gritó: a 100 pesos, a 100 pesos. Por supuesto que me formé y me hice de dos chamarras, dos blusas, un vestido y un par de faldas. Así estilaban en aquel tiempo algunas fábricas de ropa para sacar sus saldos en el fin de año.

El rumbo, siempre altamente comercial, que conocí desde mi niñez, fue una zona que frecuenté durante años ya en mi adultez. Comprar mezcilla en la parte de atrás del "Abelardo", en la calle de Colombia, era baratísimo y había chamarras, pantalones, faldas, vestidos.

Pero poco a poco, los locales de comidas, ropa y accesorios fueron cediendo espacios a los vendedores ambulantes y la calle de Miguel Alemán, que en su continuación se llama Venezuela, comenzó a ser intransitable. La extensión de los locales ambulantes llenó por completo las calles en que jugaba de niña y que hoy observo totalmente diferentes; fachadas que están cubiertas por los puestos ambulantes.

Hoy, a décadas de distancia de esos años en que jugaba, a veces sin importar que ya hubiera caído la noche, cuando mi madre salía tarde, se han



La fábrica de chocolates la azteca en los años 60.

tornado inseguras. En 2020, por ejemplo, en la esquina de República de Chile y Belisario Domínguez, detuvieron a un hombre que llevaba un cadáver desmembrado en unas cajas de plástico que trasladaba en un diablito.

Caminar hoy esas calles es prácticamente un acto de valentía. Hay esquinas que dejan sentir inseguridad. Hay grupos de jóvenes con mochilas cruzadas en el hombro, en motocicletas, que parecen vigilar a sus alrededores. Los altares a la Santa Muerte son cada vez más y forman parte del nuevo aspecto de estas calles.

En El Carmen, en Correo Mayor, en Perú, en Colombia, en Manuel Doblado

o Joaquín Herrera, las plazas y los lugares de mercancías administrados por coreanos y chinos para la venta de mayoreo, se combinan con actividades delictivas que se observan a plena luz del día, como las famosas "rifas" con las que obligan a los comerciantes a comprar números a 20 ó 50 pesos para rifar hasta 100 mil pesos, en un claro acto de lavado de dinero.

A esa zona del Centro Histórico no llegan los turistas que son frecuentes en el Zócalo y entre éste y el Eje Central. Esta zona que se ubica detrás del Palacio Nacional y llega hasta Anillo de Circunvalación se ha convertido en un espacio rudo, donde desapareció el exquisito olor a chocolate de La Azteca.



Foto: Francisco Ortiz Pardo

Una librería de viejo en la calle Donceles.

Relatos céntricos

Por Oswaldo Barrera Franco

Llevamos caminando varias horas y aún el cansancio no ha vencido el ánimo ni acallado a quienes nos dirigimos al Zócalo. Es una más de las marchas a las que he acudido, junto con decenas de miles, para exigir que el ejército se retire de alguna comunidad indígena o que aparezcan quienes fueron abandonados por la justicia, pero nunca por nuestra memoria. Motivos para marchar ha habido varios y no hay forma de contar los pasos, los lamentos y los reclamos que andan y hablan por aquellos que hoy están ausentes y en silencio.

De pronto, un *déjà vu*. Algo en medio de todo ese barullo de pasos y consignas retiene mi atención. Por un instante nos detenemos frente al Palacio de Bellas Artes, antes de seguir ya sea por Madero o 5 de Mayo. En eso recuerdo cuando, en aquel preciso lugar, escuché la voz pausada y apacible de Mario Benedetti, palabras suyas que había plasmado en alguno de sus libros, en sentido agradecimiento por el homenaje que le rendían en aquel recinto y que algunos atestiguamos desde la explanada frente a éste. Fue

Ya son muchos años de acudir al Centro y sus perdurables rincones en busca no de reivindicaciones políticas ni de afanes redentores, sino de letras, palabras y frases vertidas en igual número de incontables páginas.

un momento igual de emotivo, pero por distintas razones, al de que aquella marcha que se dirigía imparable hacia su destino, a unas cuadras de ahí.

Las marchas han sido uno de los muchos motivos, además de mítines, festivales, verbenas, que nos han convocado a recorrer las calles que desembocan en la principal plaza del país, para volvernos uno en un coro de voces, gritos y expresiones de asombro por la pirotecnia un 15 de septiembre. Hoy, sin embargo, las multitudes que se reúnen para algún concierto masivo, en lugar de atraerme, me provocan huir de aquellas catarsis musicales por temor a no salir bien librado de ellas y en una sola pieza. Y ni qué decir de las congregaciones políticas, tema que prefiero ignorar. Opto más por la prudencia que por la efervescencia colectiva, no vaya a ser.

Así entonces, hace mucho que no participo en una marcha, sin importar el motivo de ésta. Quedaron atrás más de veinte años de unirme a lo que mi conciencia determinaba como una causa justa y volverme una sola voz con quienes caminaban a mi lado. Tal vez suene egoísta, pero ahora mis principales motivos para acudir al Centro son otros, mismos que comparto con varios más, pero en un contexto menos ruidoso y que invita a dejar de caminar un momento y que sean mis ojos, en lugar de mis pies y mi boca, los que ahora tomen la batuta.

Ya son muchos años de acudir al Centro y sus perdurables rincones en busca no de reivindicaciones políticas ni de afanes redentores, sino de letras, palabras y frases vertidas en igual número de incontables páginas. La búsqueda ahora es por aquellos títulos que ace-

chan entre estantes o sobre mesas abarrotadas donde, en un ejercicio que pone a prueba las leyes de la física, se apelmazan cientos de libros que, desde sus tapas y lomos, te encantan cual canto de sirenas literarias, si sabes escucharlas. Ahí te esperan, agazapados, en espera de seducirte, confiado argonauta ciudadano.

No es raro que, ante ese panorama, aparezca entonces uno que otro vello-cino de oro o alguna quimera por igual. La odisea literaria por el Centro puede tomar el mismo tiempo que el viaje de regreso a Ítaca, por eso hay que saber escoger la ruta más conveniente y no dejarse guiar por la incierta providencia. En mi caso, prefiero tener un objetivo claro, un título en mente o un autor específico que me sirva como faro. Al mismo tiempo, sé que aparecerán ante mí imprevistos, los cuales, en lugar de llevarme a naufragar, me harán vislumbrar una costa anhelada, con mi Penélope a la espera de mi regreso, o una del todo desconocida y habitada por un cíclope terrorífico. Nunca se sabe del todo qué pueda uno encontrarse al sumergirse en aquellas céntricas calles.

Por eso es importante tener puertos donde atracar cuando uno acude al Centro, ya sean temporales, como la Feria del Palacio de Minería o la FIL del Zócalo, que dan cobijo a los ávidos lectores y paseantes, o permanentes, como las confiables e históricas librerías de viejo en la calle de Donceles, en una de las cuales, hace varios años, encontré justo el mapa desplegable que me faltaba para tener completa mi colección de revistas de *National Geographic*. A ese grado puede llegar mi odisea literaria.

Así que, si mi búsqueda ahora me traslada a los recovecos de locales y palacios por igual, para adquirir o reencontrarme con el libro perdido que me ha quitado el sueño, mientras conviví lado a lado con los Villoro, los Ruy Sánchez, los Taibo y la entrañable Poniatowska, o disfruté la lectura de los textos de Campbell, Benedetti o García Márquez en algún póstumo homenaje, dirijo mis pasos en una marcha más íntima y personal hacia las calles de Tacuba, 5 de Mayo y Donceles, para dejarme cautivar por alguna Calipso de papel, que me prometa la inmortalidad en sus páginas y me retenga, si no siete años, al menos algunas horas contemplándola letra por letra, antes de que mis pasos me lleven a deambular de nuevo por aquellos rumbos del Centro en los que siempre habrá algo que atraiga mi mirada, alimente mi alma y me haga perderme en sus entrañas llenas de libros.



La Marea Rosa colma el Zócalo de la ciudad.

Foto: Especial

Del cuerpo individual al cuerpo colectivo

“Si cierro los ojos y me enfoco en ese momento, aún siento el rubor en las mejillas, ya fuera por el frío del amanecer o el retraimiento por la decisión tomada. A esas alturas ya era demasiado tarde para echar marcha atrás”.

Por Patricia Vega

Corría el mes de abril del 2007, unos tres meses antes de mi cumpleaños 50, cuando leímos en las redes sociales la invitación del artista Spencer Tunick para participar en una de sus ya famosas instalaciones —retratos de cientos o miles de cuerpos desnudos en sitios emblemáticos del mundo— que se llevó a cabo en el Zócalo de la Ciudad de México. Fuimos Gabriela y yo fuimos dos de las 18 mil personas —algunos medios estimaron la cifra en 20 mil personas— que, rebozantes de alegría e incertidumbre, acudimos voluntariamente al llamado del

fotógrafo estadounidense, ese domingo 6 de mayo del 2007.

La reminiscencia de esa jornada permanece hasta ahora en mi memoria, pero ahora que algunos recuerdos empiezan a borrarse, a volverse nebulosos, he decidido escribir algunas líneas como una manera de volverlos indelebles. Si me esfuerzo un poco vuelve a mí la inquietud de la noche previa: aunque la sesión fotográfica comenzó a las seis de la mañana, la cita fue, por razones logísticas, a las tres de la madrugada.

Todavía a oscuras, llegamos en taxi lo más cerca posible al corazón de la

ciudad de México. Con estricto apego a las instrucciones fuimos con ropa muy cómoda y chanclas de las pudiéramos desprendernos con facilidad. En medio de conversaciones insustanciales y risas nerviosas para romper el hielo, nos sumamos a las larguísimas filas y pacientemente esperamos a llegar al lugar que, por azar, nos correspondería en la plancha de piedra del Zócalo, todavía húmeda, pues había sido lavada el día anterior como un gesto de cortesía para los participantes.

Si cierro los ojos y me enfoco en ese momento, aún siento el rubor en las mejillas, ya fuera por el frío del amanecer o el retraimiento por la decisión tomada. A esas alturas ya era demasiado tarde para echar marcha atrás. Para calmar los nervios la multitud empezó a entonar diferentes canciones a todo pulmón. Al filo del amanecer, todavía con el sol abajo, Tunick apareció frente a la multitud, subió a una escalera de metal y con megáfono en mano saludó, agradeció la presencia de todos y recordó las instrucciones.

A la cuenta de ¡uno!, ¡dos!, y ¡tres!, todos nos desnudamos —mujeres y hombres entremezclados— al mismo tiempo por lo que no hubo ventaja de una persona sobre otra, estábamos en condiciones de igualdad —y eso es relajante— por lo que tampoco hubo lugar para las miradas morbosas (tal vez, una que otra sí). Luego concentramos nuestra ropa en el suelo en un lugar predeterminado y nos preparamos para asumir las posiciones A, B y C (de pie y manera frontal, con saludo y sin saludo a la bandera que, por cierto, no ondeó en esa ocasión; recostados boca arriba y, por último, hincados en forma de ovillo con la cabeza inclinada hacia un lado).

¿Por qué fuimos al Zócalo a encuerarnos? A la distancia mi respuesta sigue

siendo la misma: más que un acto de exhibicionismo nudista, para nosotras esa experiencia estética —uso el término con toda conciencia— nos reconcilió, particularmente, con nuestros cuerpos a los 50 años en una especie de oda visual de la que guardo una fotografía firmada por el propio Spencer Tunick en reciprocidad a nuestra participación. Buen festejo ¿no creen?

Han transcurrido 16 años desde esa experiencia del cuerpo individual que me marcó a nivel íntimo. Ahora, en 2024 volví al Zócalo de manera voluntaria en busca de una expresión política de carácter ciudadano y en apoyo público a una candidata presidencial que, de manera inesperada, se ha convertido en un fenómeno que ya forma parte de la historia reciente del país y que ha rebasado todo tipo de expectativas. La marca es en esta ocasión a nivel colectivo.

Ocurrió el pasado 19 de mayo del año en curso, fue una reunión multitudinaria como pocas han habido en el país; se le conoce con el nombre de “Marea Rosa”, esa que ha inundado calles y plazas en muchas partes del país y tuvo el propósito de refrendar públicamente la confianza en un futuro mejor y con un sistema político democrático a salvo, a pesar de las fallas que se pueden ir reparando. Una mezcla de algarabía e incertidumbre vuelve a estar presente.

En ambas ocasiones vencimos obstáculos internos y externos. Acudimos como ciudadanas, por nuestro propio pie, y de manera voluntaria. Nos hicimos cargo de nuestro transporte y de nuestra alimentación en uno de esos tantos lugares emblemáticos del Centro Histórico a los que fuimos para cerrar el par de jornadas.

¡Viva México!

Así es el Centro Histórico: un mar con playas diversas desde donde vas navegando la vida.

Mar de ciudad

Por Ivonne Melgar

Pronuncio Centro Histórico y se abre el camino sobre la calle Bolívar, siguiendo el paso marcado de Luis Melgar Brizuela, mi padre, algún día de vacaciones escolares.

Vamos juntos a comprar nuestro teclado musical, evocando así algo del piano que dejamos en San Salvador.

Me gusta mucho cómo suena y probamos mi preferido: el modo xilófono. Y mientras vamos hacia el Metro, de regreso, disfrutando a prisa las vitrinas de tantos bellos instrumentos, siento una alegría que pasa cuando los deseos nunca dichos se cumplen; y eso sucedió entonces con mi órgano.

Cuatro décadas después regreso a esa calle con Martín Beltrán y nuestro hijo Santiago: vamos por su teclado. El suyo es inmenso en comparación de aquel en el que Luis y yo montamos un par de melodías a dos manos y otras que él acompañó con su acordeón o yo con mi flauta y que alguna vez presentamos en encuentros que llamábamos "actos de solidaridad con el pueblo salvadoreño".

Y aunque en la ruta hacia Bolívar voy siempre, en mis recuerdos, de la mano de los músicos de la familia, el Centro Histórico de mi llegada a México es un placer solitario.

Supongo que lo aprendí cuando fuimos a comprar la ropa de la graduación de secundaria a la calle de Izazaga con Candelaria Navas, nuestra madre. Y se me hizo fácil tomar después, por mi cuenta, el camión que pasaba en División del Norte, esquina con Xotepingo, y llegaba hasta el Centro.

En esas idas y venidas en que experimentaba la libertad de moverme segura por la ciudad, ocurrió mi desplazamiento hacia el Barrio de Tepito, donde compré la blusa brillante que estrenaría en mi fiesta de 15 años, realizada en un nuevo domicilio, el de la Colonia Educación, el tercero que tuvimos en nuestros primeros años en el Distrito Federal.

La ilusión de ir, de puesto en puesto, regateando los precios de las prendas para las que había ahorrado fue recurrente en los años del Colegio de Ciencias y Humanidades, la Facultad de



Mercado de Granaditas, en el barrio de Tepito.

Ciencias Políticas y Sociales e incluso ya siendo una orgullosa asalariada en el periódico *unomásuno* como "correctora" -así se le decía al que revisaba las notas en la Mesa de Redacción que dos grandes de la edición conducían: Carlos Narvárez Báez y Gonzalo Martínez Maestre.

Mis adquisiciones en el Barrio de Tepito estaban acompañadas previamente con la compra de zapatos en el Mercado de Granaditas, donde conseguí unos botines morados de tacón de clavo que durante meses me dieron batalla.

De aquella inolvidable "fayuca" -así le decíamos- guardo en la memoria de la plenitud el vestido morado hindú de dos piezas con el que bailamos decenas de veces con Raúl Piña, Isaura Hernández, Leonardo Cerecedo, Iraís Ruiz, Alfonso García, Víctor Villanueva y Martín Beltrán los éxitos de Galy Galeano, Grupo Niche y la Sonora Dinamita, siendo la canción de fondo de esa época, diría mi querido Mauricio López Velázquez, la que confesaba "cómo la quiero, cuanto la extraño... pide de mí, lo que tú quieras, y hazme sentir a tu manera..."

Volví muchas veces a mis puestos de seda con Martín, hasta que la etapa de las fiestas infantiles de nuestros amadísimos hijos me cambió las pautas de consumo al mercado de Sonora, donde aprendí a comprar dulces, piñatas, loterías, globos, vasos, papel picado y disfraces.

Una de las escenas que pondría en nuestra película de la maternidad fecunda -nunca exenta de los *hubiera* y de varios *lo siento mucho*- es esa en la que descubro la venta de las máscaras, en los preparativos del cumpleaños número uno de Sebastián: eran de todos los personajes de miedo, espanto y películas de la época y compré tantas como la emoción de enumerar las niñas y los niños invitados, con lista en mano.

Un par de años después, en medio del furor que por el disfraz han tenido nuestros hijos, volví al Mercado de Sonora para buscar el puesto de los sueños y adquirir sin límites sus preciosas creaciones. Pero nunca lo encontré. Así es el Centro Histórico: un mar con playas diversas desde donde vas navegando la vida. Porque, además, de ser el lugar suspendido en el tiempo con su Farmacia París, imperdible para Martín cuando estudiaba en la Facultad de Química, y las calles especializadas en diversas mercancías, un día se convirtió en la gran experiencia cosmopolita en la que confluyen las marcas globales, presentes en cualquier ciudad de alto turismo, y las tradiciones de La Popular, el Café La Blanca, los tacos de canasta más ricos del mundo -dicen los que saben-, los cilindros y los concheros del Zócalo, la estampa mexicana que más amaba Luis Melgar.

Y para quienes hemos vivido y cubierto como reporteros decenas de marchas y mítines en esa Plaza de la Constitución,

la cinta sonora de nuestras vidas pasa por las consignas del primer CEU, el contingente estudiantil que en 1986 volvió a apropiarse de la protesta en el corazón de la República, las alternancias y pujas de la vida democrática de los últimos 30 años con Vicente Fox en el año 2000, López Obrador en 2006 y 2018 y la marea rosa del 2024.

Aquí se detiene, por ahora, la película de mi Centro Histórico, en esta mañana de la última semana de mayo, en la antecámara del dictamen de las urnas, agradeciendo haber estado ahí, frente a la Catedral Metropolitana, el domingo en que confirmamos nuestro rotundo no más autoritarismo.

En ese documental de vida, hay una escena anterior sobre la calle de Madero, otro domingo, el 26 de febrero de 2023, al concluir la segunda movilización de la marea rosa, solicitando a los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación ponerse a la altura de los peligros de la patria:

Es una mujer que, eufórica, me dice "la oposición no son los partidos, la oposición somos los ciudadanos". Quince meses después, ella, Xóchitl Gálvez, encabezaría la imagen inolvidable de ese Zócalo desbordado, el 19 de mayo de 2024, testimonio de que fuimos la resistencia democrática reclamando no más sordera ante la pluralidad: diálogo político ya y para todos.

Por Francisco Ortiz Pinchetti

Aunque nunca he vivido ahí, y ni siquiera en sus cercanías, el Centro Histórico de la capital ha sido un referente casi cotidiano a lo largo de mi vida, que es bastante larga ya. En distintas etapas, por muy diferentes circunstancias, ha tenido una singular importancia, de manera que es uno de mis espacios físicos más entrañables.

Obviamente mis primeros recuerdos de esas calles con sus grandes tiendas departamentales se originan en mi infancia, cuando acudía con mis padres a hacer compras sobre todo de ropa y algún aparato eléctrico doméstico como, radios, televisores, licuadoras o acaso alguna lavadora. Entre aquellos almacenes tengo memoria clara del Liverpool, Junco y el Palacio de Hierro y otros ya desaparecidos como Al Puerto de Veracruz, Astor, Blanco y el Centro Mercantil. Recuerdo también las tiendas de Correo Mayor, a espaldas de Palacio Nacional, como la Mercería del Refugio y la bonetería de Capuchinas. En lugar muy particular de mi añoranza guardo la juguetería El Jonuco, que se encontraba en uno de los locales del Portal de Mercaderes, frente al Zócalo, en la que me compraron muy más queridos juguetes. Y la zapatería El Borceguí, de Bolívar 27, desde luego. Entre mis añoranzas de aquella época destacan por su puesto la iluminación de la época navideña, que cubría los edificios circundantes de la Plaza de la Constitución e incluía las principales calles del primer cuadro, destacadamente 20 de Noviembre, Madero, Cinco de Mayo, Venustiano Carranza, Bolívar e Isabel la Católica.

En otra etapa, ya un joven de 16 años tal vez, el Centro se convirtió en área de trabajo... y entretenimiento. Ocurre que luego de mi "exilio" de un año en Pachuca, donde terminé mi secundaria, entre a trabajar de medio tiempo con mi cuñado Rafael, que era entonces gerente de en la Unión Social de Empresarios Mexicanos, la USEM. Esta organización de empresarios cristianos dedicada a la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia ocupaba una pequeña oficina se ubicaba en la calle de Bucareli 107, esquina con General Prim, en la colonia Juárez. Mi puesto era el de mensajero único, que en ese entonces se llamaba pomposamente *office boy*. Ganaba 250 pesos mensuales, pero tenía tiempo para asistir a la Preparatoria. Entre mis tareas estaba cobrar las cuotas de los asociados, hacer trámites en los bancos, compras en las papelerías. Y una muy especial: llevar a firma los cheques y otros documentos al tesorero de la USEM, que era en ese entonces nada menos que Lucas Lizaúr, español de origen, uno de los hermanos propietarios de El Borceguí, la zapatería a la que acudía de niño.

Don Lucas, como todo mundo le decía, era un hombre de muy buen corazón, generoso, pero tacaño y de muy mal carácter. Un cascarrabias. Era muy frecuente que me regañara por cosas



Organillero en 16 de Septiembre.

Nostalgias del viejo centro

“En distintas etapas, por muy diferentes circunstancias, el Centro Histórico de CDMX ha tenido una singular importancia en mi vida, de manera que es uno de mis espacios físicos más entrañables...”

de las cuales yo no tenía culpa alguna, como de que se usara bale bon y no más delgado en las copias de las pólizas. A veces me tenía hasta dos horas en espera para devolverme los documentos firmados, tiempo que yo aprovechaba para hurgar en los aparadores de la tienda. La verdad es que me gustaba la encomienda de ir con don Lucas, que era bastante frecuente. He hecho hacia el recorrido a pie desde la oficina. Caminaba por Bucareli hasta la glorieta de El Caballito y de ahí seguía por la avenida Juárez, frente a la Alameda Central y luego por la avenida Madero, que entonces no era peatonal. Hasta llegar a Bolívar y dar vuelta a la izquierda para llegar a El Borceguí.

Entre los atractivos de mis incursiones por el centro, además de husmear por aquí y por allá, estaba el disfrutar un trío de tacos de canasta, que ya estaban en boga en aquel tiempo. Los mejores (del mundo, diría yo) estaban en la entrada de un edificio de la calle de Isabel la Católica, casi esquina con 16 de septiembre. Exquisitos. Lo había,

como ahora, de frijol, chicharrón, mole verde y papa. Con una salsa inigualable a base de aguacate y tomate verde. Costaban, imagínese, tres por un peso. Hoy valen 10 pesos cada uno, en el mismo centro. De repente me compraba algún biscocho en la ideal o llegaba ya de regreso hasta la panadería Segura, en la calle de Independencia, donde de niño iba con mi inolvidable madre, Emily, a comprar pan y gelatinas. Negocio que por cierto sobrevive hasta la fecha, en el mismo alargado pasillo de acceso a un edificio de vivienda.

En otro episodio de mi vida, ya como reportero, el Centro volvió a ser ámbito frecuente para mis incursiones. Fue cuando mi padre, don José Ortiz y Ortiz, ocupaba la jefatura de redacción del semanario *Jueves de Excélsior*, de la casa cooperativa Excélsior, de nuevo en la calle Bucareli pero en el número 7, muy cerca ya de la esquina con el Paseo de la Reforma. También entonces la hacía de mensajero voluntario para atender encargos del jefe, como ir a los

bancos, a la farmacia o a alguna tienda del centro, que volvió así a ser mi hábitat intermitente. Lo fue con más regularidad años después, cuando entré a trabajar ya como reportero a *Revista de Revistas* y al mismo diario *Excélsior*, ubicado entonces en Reforma 18, hasta que el Presidente Echeverría nos echó de ahí junto con Julio Scherer en 1976. Ya mayor, el Centro Histórico se convirtió en un lugar de añoranzas gratas pero también de nuevas vivencias, ya fuera como fugaz comprador o como paseante despreocupado. Fue durante varios años el escenario de un insólito recorrido por las Siete Casas de los miembros de la Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad, cada Sábado Santo. Los cofrades teníamos por costumbre visitar en esa fecha y durante todo el día siete diferentes bares o cantinas, entre ellas varias de las de mayor abolengo en el centro de la capital, antes de que se abriera la Gloria durante los oficios religiosos en la iglesia de La Profesa o en la Catedral Metropolitana.

También lo disfruté muchas veces de la mano de Becky, mi querida y ya fallecida compañera de vida. Con frecuencia íbamos a pasear por sus calles, a mirar gente, a visitar una exposición o un museo, a disfrutar una comida. Nos gustaba por ejemplo ir a La Bota, en la calle Regina, a degustar una buena paella algún sábado o domingo. Y desde luego hasta la fecha frecuento el Centro Histórico con mi hijo Francisco, que lo tenemos como un ámbito mágico y venerado y al cual decidimos dedicar el número de Junio de nuestra ahora revista digital *Libre en el Sur*. Juntos lo hemos caminado muchas veces y hemos tenido experiencias tan importantes como nuestra asistencia a las concentraciones de la Marea Rosa o el simple disfrute de un desayuno en La Blanca de Cinco de Mayo y un buen café, sin prisa, en algunos de los establecimientos de la calle Venustiano Carranza, como el Bértico Café, o la búsqueda afanosa de los mejores chiles en nogada de la ciudad hasta encontrarlos... en la Pastelería Madrid de Cinco de Febrero.

EN AMORES CON LA MORENA

Recuerdos en una mochila

“No tengo mucho gusto por lo que se ve nuevo porque eso no tiene historia, lugares en cuyas sillas no se han apostado suficientes nalgas ni retumbado las pasiones del jolgorio en sus paredes”.

Por Francisco Ortiz Pardo

Cuando tenía 12, 13 años, los sueños revolucionarios me acompañaban a bordo de un convoy de la línea 2 —“la azul”— del entonces muy cuidado, respetado y eficiente Metro, para llegar a las cercanías de la Calle El Salvador, en el Centro Histórico, nombre del país que por aquellos tiempos fue liberado por el Frente Farabundo Martí de una funesta dictadura fascista. Era un paralelismo extraño el de mis emociones revolucionarias con los objetivos de mi visita a ese lugar. Acudía con mi amigo Sergio con la ilusión de incipientes adolescentes que comenzaban a emocionarse con la radio y el rocanrol. Porque ahí vendían, y aún venden, de todo. Y buscábamos ir armando nuestro equipo de sonido, de a poquito y baratito. Mi amigo fue precoz en el conocimiento de las cosas de la electrónica y sabía incluso dónde arreglaban tornamesas y “embovinaban” bocinas maltrechas. Recuerdo que el trayecto desde Coapa se hacía pesado y tedioso, de forma que apenas eran los prolegómenos de lo que con el paso de los años se convertiría en una de mis más grandes aficiones en la vida: caminar, descubrir y sentir una extraña nostalgia de algo que no había vivido.

Fuera de algunas visitas esporádicas con mis padres, aquello significó mi primer vínculo con el centro y su historia entrañable, que como parte de mi propia historia cada vez que lo visito me escribo un nuevo capítulo. Como en las grandes ciudades, como solía llegar en Metro me llevó tiempo entender su micro geografía, hacia dónde el sur, hacia dónde el norte y el poniente. Muchas veces caminé hacia la izquierda

pensando que el mismo lugar detrás de la Catedral era otro. Pero eso lo volvía aun más encantador, porque me permitía perderme y así me fui acostumbrando a caminar sin destino trazado y hacer el juego de sorprenderme con lo hallado. Hasta ahora, salvo ocasiones en que voy con el propósito de visitar una exposición o escuchar un concierto, he gastado de esa forma la suela a lo largo de kilómetros que me llevan desde los territorios más seguros y turísticos hasta los más inciertos y misteriosos, peligrosos.

Al centro histórico lo he vivido de la misma manera que como lo hago de turista en alguna otra ciudad del extranjero. Donde me late me detengo

a tomar un cafecito a algún antojo, un tentempié. No voy por recomendaciones, aunque me han servido algunos “tips” de cosas que brinqué casi frente a mis propios ojos. Y es que hay que mirar al piso para no caerse pero también voltear al frente y arriba, que es donde están los tesoros, como es la manera en que hoy hemos vuelto mi padre y yo para realizar un trabajo de eso: de caminar y seguirnos maravillándonos en ese ambiente único entre edificios coloniales y porfirianos asombrosos, aún cuando la lamentable destrucción de los cincuenta y los setenta se llevó el patrimonio que ni siquiera yo conocí. Me encanta imaginar cómo era lo que ya no está y así tratar de entender cómo la destrucción modificó el entorno. Pienso en aquellos personajes de las fotos antiguas como en los de una obra de teatro: ¿Qué verían, de qué hablarían? Así es como surge esa nostalgia provocada como si me pusiera en los pantalones de mi abuelo paterno, un bohemio que, se ha hecho la leyenda porque nunca lo vimos, era “el alma” de las reuniones en viejos cafés y cantinas que frecuentaba con sus amigos del mundo taurino.

Tal vez por lo mismo encuentro un encanto en la decadencia, aquellos sitios cuyo mobiliario persiste, desgastado. No tengo mucho gusto por lo que se ve nuevo porque eso no tiene historia, lugares en cuyas sillas no se han apostado suficientes nalgas ni retumbado las pasiones del jolgorio en sus paredes. Por eso agradezco la permanencia de los mosaicos del Tenampa en Garibaldi, los gabinetes de la pastelería Madrid, la madera de los pequeños cubículos de madera en Santo Domingo, donde los escribanos se hacían pasar por los amantes iletrados. Me gusta ver que se inclina la Catedral sobre el viejo lago y saber que las ruinas del Templo

Mayor las conocemos gracias a que no las conocieron los conquistadores, que destruyeron lo que hubo arriba de ellas. Me gustan los estantes viejos de las librerías de viejo de Donceles; las loncherías de cuya edad dan constancia los letreros pasados de moda y, en contraste, los vitrales decimonónicos del Palacio de Hierro y las escalinatas del Museo Nacional de Arte. A veces pienso que lo nuevo no tiene existencia. Y en el centro histórico casi todo existe.

En el filo de la hermosura, aparece también mucho de lo que no me gusta, como los comerciantes ambulantes que, cada vez más anárquicos, tapan la belleza de las fachadas y desprenden los hedores que interrumpen el sueño. Uno ve correr su suerte entre “diablitos y empujones”, basura, hedores. Las manifestaciones —mal necesario si se quiere en un país de tantas contradicciones y una capital convulsa— se perpetúan ya como una imagen cotidiana que me pesa. Muchos eventos políticos y sociales he cubierto allí; casi siempre lamento la prisa de la cobertura y cada vez me alteran más los gritos de las consignas. En cambio, es triste que sonidos urbanos, muchos de ellos preservados por fortuna en la Fonoteca Nacional, como el de los ¡chichicuilotitoos vivos!, se han ido extinguiendo. Otros por fortuna parecen resistir a todo, como el de los organilleros, cada vez más desafinados. La creatividad de artistas, unos más improvisados que otros, imprimen a estas calles su sonrisa: payasos, esculturas vivientes, músicos, performancers...

Mucho ha cambiado desde aquellos tiempos cuando niño en que mis papás me llevaban a ver a los Reyes Magos a la Alameda Central. Pero en cada visita al centro llevo una mochila con todos esos recuerdos.



El Centro al atardecer.

Por Mariana Leñero

No sé si es la edad o la soledad, pero uno de los lugares donde más disfruto estar es en el gimnasio. Si bien me gusta hacer ejercicio, creo que la atracción que le tengo a este lugar es porque lo que sucede ahí es predecible. Entro a mis clases preferidas, brinco, sudo, pujo, pedaleo, me baño, me visto y me voy. Nadie espera nada de mí, y yo no espero nada de nadie.

Sin embargo, hace tiempo una amiga estuvo duro que dale insistiendo en que probara la clase de pilates. No sé bien por qué le interesaba tanto que lo hiciera, pero llegó un momento en que cada vez que la encontraba, me era imposible escuchar sus "holas-como-estas" porque solo podía ver sus labios moviéndose en cámara lenta diciendo: ¡Piiiiiiiiilaaaaateeees! Y fue así como acepté.

Entrar a una clase de pilates por primera vez es todo un reto, y más si la clase ya ha iniciado, es de nivel avanzado (sin que tú lo sepas) y se utiliza una pelota gigante. A mí me tocó una color Barney.

Al entrar al salón fue difícil encontrar un espacio lo suficientemente apartado para pasar desapercibida pero lo suficientemente cerca para no perderme de las instrucciones de la maestra. Mientras caminaba hacia mi lugar y tratando de no importunar, los estudiantes se estiraban como chicle y era difícil distinguir dónde comenzaba su cabeza, su culo o sus pies. Yo rogaba que no se echaran pedos. Ni pensar en relajarme y estirarme un poco, la única imagen que tenía eran los labios de mi amiga moviéndose en cámara lenta y diciendo: ¡Piiiiilaaaaateeees!

La maestra, aunque era de pilates definitivamente tenía un *look yoga de gimnasio*: mallitas y corpiño de marca *Lululemon* con una pulserita hindú que presumía hacerte sencilla.

Hecha pelotas en Pilates

En menos de lo pensado, yo ya había comenzado a olvidar mi inglés y también mi español. Me era imposible reconocer la derecha, la izquierda, mi core, mi butt, mi pie... - ¡Respira, Mariana, respira! -

Más flexible que una liga, daba indicaciones con enojo. De zen no tenía nada, pero tampoco de maestra. Se miraba todo el tiempo al espejo, mientras sus gritos se iban apachurrando entre su pecho y su barbilla que se deslizaba con gracia sobre su inmensa pelota. A los estudiantes ni caso.

Entre estira, detente, sube, baja, nos animaba con su falsa afirmación: "You got it..." - ¿Qué no me estás viendo, pendeja? - quería gritarle mientras trataba de mantener mis codos en la pelota y luchar contra mis pies para que no se resbalasen del piso.

Mientras tanto cada estudiante manipulaba la pelota con orgullo, ninguno mostraba confusión o se les vislumbraba un ápice de torpeza.

En menos de lo pensado, yo ya había comenzado a olvidar mi inglés y también mi español. Me era imposible reconocer la derecha, la izquierda, mi core, mi butt, mi pie... - ¡Respira,

Mariana, respira! - "¿Qué tan difícil puede ser esto?" me preguntaba, mientras la pelota gigante se me escapaba de las manos y botaba por el salón creyéndose ser de básquet.

Next: core-strengthening.... Strengthening mi abuela.... Lo que yo quería era largarme y no volver nunca jamás. En ese momento a lo lejos apareció otra estudiante perdida como yo, carecía de lo que a todos los demás les sobraba: gracia. Pero tenía actitud y seguridad lo cual me animó a seguir.

La maestra anunció el último ejercicio: "Ball Balance". La posición era peligrosa y solo el nivel avanzado podía realizarla. Había que poner piernas y manos sobre la pelota como si fuéramos elefantes de circo.

Atenta al espejo, la maestra comenzó a treparse como un chango. Mientras tanto comencé a buscar a mi compañera de tragedia y cuál fue mi sorpresa que ella no tenía ninguna intención de parar. Ni tiempo dio de pensar si era estúpida o valiente porque se oyó un horroroso golpe. Como saco de papas caído desde un edificio alto, mi compañera azotaba sin piedad en el brillante piso de caoba. Ni tiempo de meter las manos. Había caído de frente, de nariz, de dientes. Ahí empujada con todo y su dignidad. Corrimos a su ayuda - ¿Are you ok? - preguntaban los demás. - ¿Cómo que ok? - ay estos gringos, me daban ganas de agarrarlos de las greñas y aventarlos con todos y sus pelotas. - ¿No ven el tamaño del madrazo que se acomodó? La maestra, atónita, tardó en reaccionar. Todos esperábamos que le brindara ayuda. Sin embargo, llegó corriendo y comenzó a gritar: -I said, only advance students!

Sorprendidos por su horrible actitud, comenzamos a tomar acción. Unos la calmaban mientras otros corrían a traer hielo. La clase había terminado. Ya no había nada que hacer más que regresar las pelotas a su lugar y salir corriendo. Mis labios, en cámara lenta, comenzaron a despedirse de ese espantoso lugar y de esa terrible maestra: ¡Pilaaaaateeees...!

Al salir del gimnasio cansada, me encontré con mi excompañera de batalla, madreada y con la mitad de la cara color tomate. Traía una bolsa de agua que había sido hielo y una actitud perdedora que antes presumía ser valiente. Le sonreí, pero no me miró, estaba atenta recogiendo sus cosas y su vergüenza. No creo que vuelva otra vez a intentar la clase de Pilates, ni yo tampoco.



Por Alejandra Ojeda

Una vez ví un cuadro que había pintado mi abuelo hacía muchos años, cuando aún vivía. Era un autorretrato con su cara deformada y gritando para salir de una caja de cristal en la que le habían metido. No recuerdo si ese día, o tiempo después, pero le copié el dibujo. Era yo, dentro de la misma caja de cristal, tratando de empujar las paredes con manos y pies, mientras con la cabeza buscaba una ranura para poder respirar.

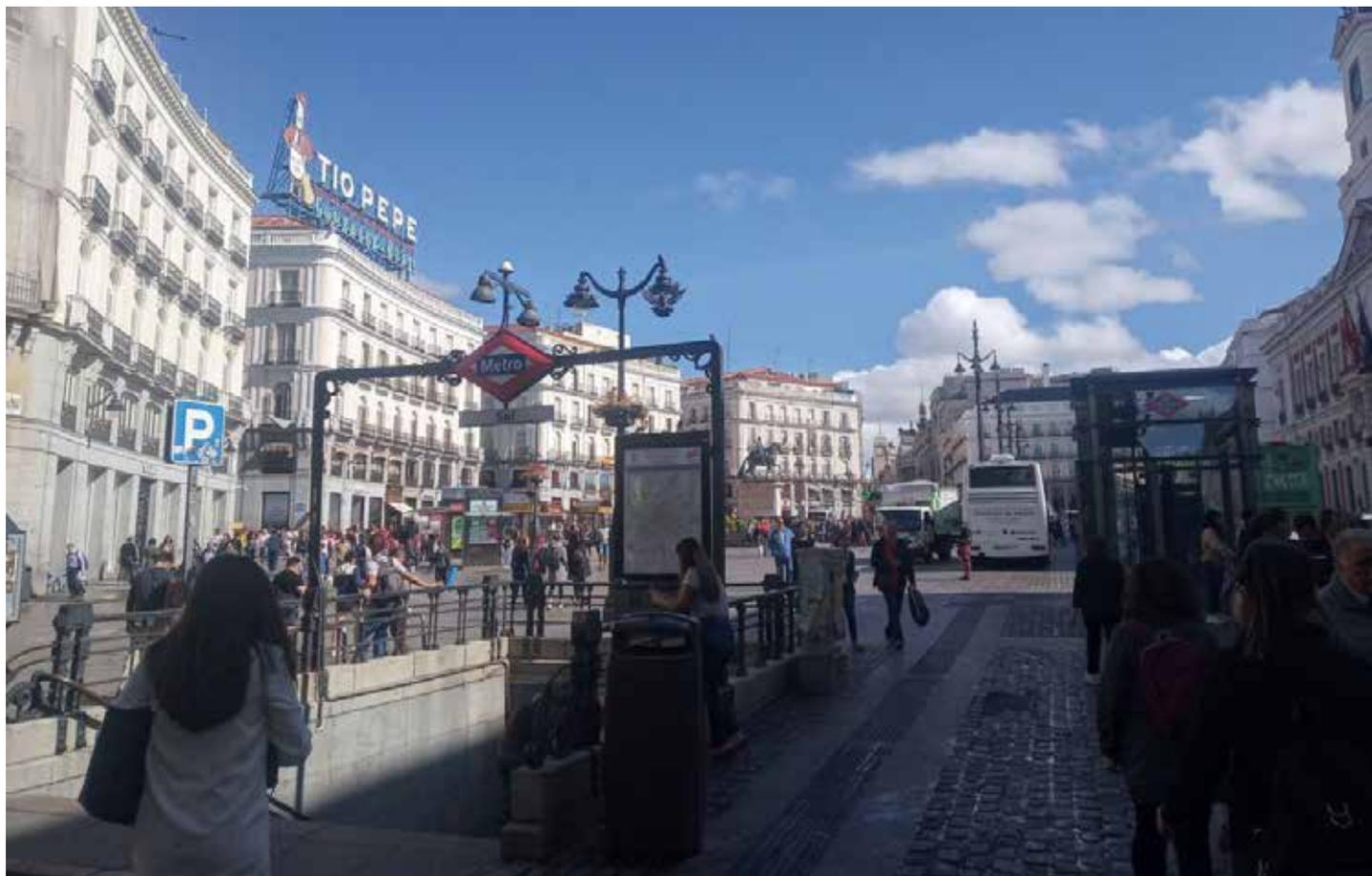
Los dos últimos años de instituto fueron para mí como tratar de llevar una bola gigante de piedra a ninguna parte. Realmente necesitaba irme a estudiar fuera y mis padres no eran lo suficientemente pobres como para que el estado me concediera la beca, ni lo suficientemente ricos como para poderme pagar la carrera fuera. Así que la única opción que me quedaba era conseguirlo siendo la mejor de clase, para sacar matrícula de honor, y que el ministerio de educación me pagase el primer año de universidad.

No es que odiase Gran Canaria, sino que creo que nunca supe encontrar en su suelo lo que me hacía falta para seguir creciendo. Ni siquiera estaba la carrera que me gustaba ni nada que se le pareciera. Parecía que el mundo se había olvidado de que en Canarias hay gente que quiere estudiar y nos regalan una serie de grados al azar por si a algún loco autóctono le apetece quedarse allí en su juventud.

Al final, sea por obligación o sea por gusto, sacrifiqué mucho en los últimos años de mi adolescencia. Era como los caballos a los que le ponen las anteojeras para que no miren a los lados, yo sólo veía las notas y cada décima significaba si iba o no a ser feliz el resto de mi vida.

El año de entrar a la universidad, fuí con toda mi familia, por mi cumpleaños, a cenar a un restaurante. Ellos me estaban siguiendo de cerquita, apoyados en mi hombro como búhos y mirándome con unos ojos de admiración que jamás me dejaron ponerme triste. Cuando terminamos de comer, mi madre me trajo mi regalo, era una caja de cartón, forrada en papel de periódico con dos puertecitas hechas por ella. Al abrirla, en el fondo de la caja estaban pegados dos billetes para viajar a Madrid... a las puertas abiertas de la Universidad Carlos III. Me cogí una llantina tremenda, y mis tías y primas me abrazaron, y mi abuela me dió un beso en la cabeza que decía que me merecía todo lo bonito.

Madrid me fascinó, me imaginaba en las terrazas, en los antros, el teatro y las



Estación Sol.

Foto: Francisco Ortíz Pardo

Ranuritas para poder respirar

Madrid ha sido un golpe de realidad, me estampé con la adultez y con la desigualdad clasista y xenófoba de las ciudades capitalinas, pero también con la versión más pura y feliz de mí misma.



librerías. La Universidad tenía de todo, una biblioteca con uno de los mejores catálogos de España, estudios de radio, televisión, fotografía... Y luego estaban los estudiantes, que vestían diferente

y tomaban apuntes a ordenador. Yo lo miraba todo y no me atrevía a tocarlo, como si no me perteneciese y fuese una infiltrada que los profesores y alumnos estaban apunto de descubrir.

Entonces mi madre me preguntó que qué me pasaba, y yo no quería responderle porque estaba enfadada con ella por haberme traído aquí sabiendo que era muy probable que nunca llegase a entrar. Hasta que se lo dije: "Es que yo sé que no voy a poder venir", y ya la ví a ella con ojos llorosos diciéndome "no sé cómo lo vamos a hacer, lo tengo que hablar con tu padre, pero te aseguro que vienes pasé lo que pasé."

Ahora han pasado 5 años de todo esto, y yo nunca llegué a conseguir el dinero por mis notas. Pero mi abuela, una noche, mientras cenábamos, me

dió un sobre que ponía en letras grandes "Alejandra". Lo abrí y dentro había un cheque con la cantidad exacta que teníamos que presentar en la universidad en menos de un mes. Entonces el corazón se me paró, no había suficiente aire en el mundo y mis pulmones estaban preparados para recogerlo todo.

Ahora recuerdo el primer día de clase, los primeros exámenes, los ensayos, todo me daba tanto miedo... Una cuerda me comprimía el pecho al pensar en defraudar, tanto a mi familia como a mí misma, de ninguna manera eso podía ser una posibilidad. En los siguientes años ya sí que pude recibir la beca del estado, pero sus requisitos me acompañaban como un bicho malo que me hace heridas en el cerebro.

Madrid ha sido un golpe de realidad, me estampé con la adultez y con la desigualdad clasista y xenófoba de las ciudades capitalinas, pero también con la versión más pura y feliz de mí misma. Conseguí lo que me propuse con 15 años y aunque me encantaría haberlo vivido en mi isla, aquí encontré el lugar donde nunca me faltan ranuritas por donde poder respirar.

La Cineteca amorosa

“Hay unas mesas de uso común, así como una extrañas jardineras-bancas que rodean los árboles en el patio central, donde uno puede instalarse cómodamente y leer o, si hay suerte, platicar con quien se siente cerca”.

Por Luis Mac Gregor Arroyo

Si bien la alcaldía Benito Juárez está llena de lugares de interés, uno de ellos merece especial mención. Se trata de la Cineteca Nacional, el lugar para ver cine por excelencia en Ciudad de México. Descubrirla fue algo circunstancial. Estaba en Área 6 de la preparatoria cuando a alguno de los compañeros se le ocurrió que fuéramos a ver algo ahí. Yo no tenía idea de qué se trataba pero accedí. Me llevé una de las más grandes sorpresas de mi vida. En ese entonces y ahora se trata de un lugar donde gente de todo tipo —más que sentirse especial por entrar a una sala de cine con palomitas, perro caliente y refresco y chutarse unos cortos que duran más de 20 minutos—, va con el refresco que compró en la tienda de afuera, oculto en la chamarra, y ve una película sin anuncios al inicio. Es como quien dice la máxima experiencia cinematográfica.

El grado de involucramiento que uno puede conseguir con el largometraje en turno es tal que si es una obra bien realizada las personas se paran y aplauden. El que no esté presente ahí ni el productor, ni el director, ni los actores del filme, no es impedimento. En otras palabras, es un lugar sin una gran dulcería que interesa a las personas que gustan de ver cine alternativo o comercial, en su mayoría de calidad reconocida.

Ahora, ya más grande, sigo frecuentando el lugar; aunque a veces compro palomitas o algún refresco —las menos de las veces— y también gusto de hacer antesala echándome un café y tal vez unos churros, en alguno de los locales del sitio. Esperar a que sea la hora de la función también tiene su chiste; hay unas mesas de uso común, así como una extrañas jardineras-bancas que rodean los árboles en el patio central, donde uno puede instalarse cómodamente y leer o, si hay suerte, platicar con quien se siente cerca.

En un par de ocasiones he pedido permiso para estar en una mesa donde haya alguien para esperar el inicio de la función. Alguna vez me senté con un guionista y en otra con una muchacha que no quiso entablar ningún tipo de conversación, pues se veía imbuida leyendo el libro que tenía en sus manos.

En la Cineteca uno puede ver todo tipo de cine, desde experimental y obras primas de autores que nunca verán su película en cines comerciales, hasta la película más aclamada en los Óscar o en Cannes. También hay muestras retrospectivas de famosos como Stanley Kubrick (director) e Ingrid Bergman (actriz), e inclusive la proyección de sagas épicas enteras como la de James Bond.

Punto aparte es hacer de la Cineteca un recurso para encontrarse con gente

pensante o, en mi caso, mujeres interesantes. O al menos uno se hace la idea de ello, pues encontrar a la pareja “ideal” suele ser más cosa de la casualidad que de conseguirla, previo objetivo dirigido al universo.

Hace poco conocí ahí a Susana, una mujer que no era una belleza típica, pero tenía un gran corazón. Ese día entré por la Avenida Cuauhtémoc y me encaminé a una de las áreas donde venden boletos; compré uno para la función más próxima en la sala 3; por lo que me quedaban cuarenta minutos de ocio antes de entrar a la sala. Así como no queriendo me fui caminando a donde está la librería y me paré frente a una de las paredes de vidrio a ver qué novedades exhibían. Justo ahí, a mi lado estaba ella, un poco más baja de estatura que yo, cabello ondulado y largo, rostro de mujer inocente pero que gusta de escalar y aprovechar todas las oportunidades que se pudieran presentar, de piel blanca y vestido negro; eso sí algo pasadita de peso... algo que también yo tengo. En fin que ella volteó y me preguntó si le podía recomendar un libro sobre algún director relevante. Encantado, porque no es común que una mujer le dirija la palabra a un hombre, le dije que había visto uno sobre Orson Welles, de quien hacía poco hubo una retrospectiva, justamente ahí, en la Cineteca.

—Ah, qué maravilloso, y ¿crees que lo vendan aquí?

—Sí. Seguro.

—Oye qué bien y ¿cómo te llamas?

—Luis ¿y tú?

—Susana... Oye pues qué bien, ¿vas a ver una película ahora?

—¡Sí! Ya compré boletos para *Asteroid City* de Wes Anderson, dicen que es una verdadera joyita.

—¡Ah qué padre! Yo también la quiero ver.

Sin más introducciones la acompañé a que adquiriera su entrada y nos sentamos en una de las mesas desocupadas a platicar. Fue un verdadero encuentro. Esa mujer y yo parecíamos tener los mismos fines, nos entendimos a la perfección. Durante la función estuvimos serios y formales; aunque al final del largometraje ella no pudo evitar bostezar, se había desvelado. Al salir nos fuimos a tomar un café en un establecimiento nuevo a las afueras del conjunto cinematográfico. En esa cafetería quedó sellada nuestra amistad con un beso.

El amorío duró poco, pero siempre estuvimos de muy buen humor. Íbamos a ver un museo o a una feria de libros, y siempre terminábamos las citas en la Cineteca. No me puedo quejar, aparte de películas hay ocasiones que en la Cineteca uno encuentra el amor.

SÚMATE

POR UNA VIDA LIBRE DE POBREZA



Cada día miles de personas sufren las consecuencias de vivir en zonas vulnerables en condiciones de pobreza. Fondo para la Paz IAP está trabajando desde 1994 para transformar esta realidad.

Tú puedes hacer la diferencia con una donación desde 300 pesos al mes.

Dona en; fondoparalapaz.org/donar
Teléfono: 55-5570-2791
Whatsapp: 55 3929 9660


FONDO PARA
La Paz

Elecciones presidenciales

ADRIÁN CASASOLA

Querido lector, para cuando usted esté leyendo este texto ya habremos conocido a la persona que fue electa este dos de junio para tomar posesión del cargo más importante en el país. Se han escrito miles de libros, artículos y ensayos durante muchísimos años describiendo y enumerando cómo es que este proceso electoral ha ido evolucionando.

Mirando hacia atrás, más de un siglo atrás, las fotografías de Agustín Víctor Casasola son un perfecto documento gráfico de lo que estaba sucediendo en el país. Porfirio Díaz se había instalado en el poder, acuñando él mismo la frase “sufragio efectivo, no reelección” en 1876 durante la Revolución de Tuxtepec, con el paso del tiempo (más de 35 años) parecía permanecer de forma perenne como presidente de la República. Para ello, existían muchos elementos a favor de modificar o trucar los resultados. El primer elemento era la escasa participación ciudadana de forma informada o siquiera enterada durante la época de elecciones. El padrón electoral incluía únicamente a los hombres. De este grupo había miles de ellos que no sabían leer ni escribir y además, las casillas electorales se instalaban en puntos céntricos de las ciudades. Por otro lado, el lugar donde se depositaban los votos carecían de revisión previa. Pequeñas cajas de madera con una ranura y “selladas” por un candado se convirtieron en



las urnas electorales. Debido a esto, resultaba muy fácil llenarlas previamente con boletas marcadas con el candidato que se deseaba impulsar.

Fue hasta el año de 1911, una vez derrotada la dictadura porfirista en las batallas de Ciudad Juárez, que México pudo realizar las primeras elecciones presidenciales democráticas en más de 35 años. En aquella ocasión, Francisco I. Madero venció al candidato Francisco Vázquez Gómez por la “apabullante” cantidad de 235,000 votos a nivel nacional.

Haciendo una reflexión de cómo hemos cambiado como país, en cantidad de habitantes, ideologías, gobernantes buenos y malos y todos los sucesos que hemos vivido como mexicanos, lo más importante es desear que la mayoría de nosotros haya depositado su voto en las urnas. Las quejas son estériles al momento de presenciar una injusticia, negligencia o malas decisiones de uno o varios gobernantes si cuando tuvimos la oportunidad no ejercimos nuestro derecho al sufragio. Uno de los logros más importantes de la Revolución Mexicana fue

precisamente el poder rescatar nuestro poder de decisión para elegir a nuestros gobernantes. Y como decía un viejo amigo mío, “si no estás de acuerdo en cómo vives, vota...pero si vives feliz así, también vota”.

Los invitamos a seguirnos en Instagram como: [casasola.foto](#) y en TikTok: [Casasola.foto](#)

FOTO 1: Ceremonia de la séptima reelección de Porfirio Díaz en la Cámara de Diputados
Autor: Agustín V. Casasola, c. 1910

FOTO 2: Campesino votando en la urna de madera
Autor: Agustín V. Casasola, c. 1920

FOTO 3: Francisco I. Madero depositando su voto
Autor: Agustín V. Casasola c. 1911

FOTO 4: Damas y caballeros realizando el conteo de votos
Autor: Agustín V. Casasola c. 1911

FOTO 5: El candidato a la presidencia Álvaro Obregón votando
Autor: Agustín V. Casasola c. 1920

